Ariadna rc.com

ARMILLA

LOS OFICIOS DEL AGUA

PRIMAVERA 2002

Armilla. Los oficios del agua

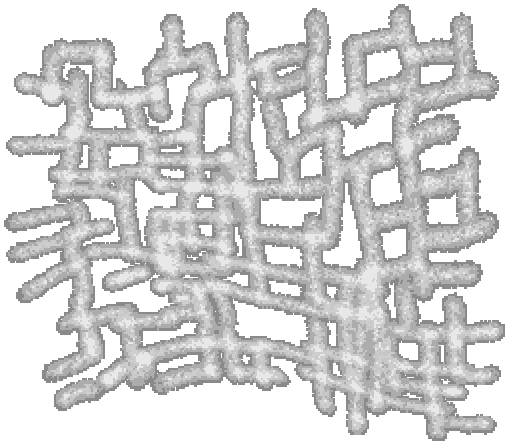
© De los relatos e ilustraciones. Los autores contenidos en el Registro Civil de Armilla (p.145). 2002.
El copyright de los textos e ilustraciones incluidos en este libro corresponden a sus autores y cualquier reproducción fuera de este libro debe realizarse con el consentimiento previo de los mismos.

© De esta edición. Ariadna-rc.com. 2004.

Diseño de la edición e ilustraciones: Pedro Díaz Del Castillo
Ilustraciones de cubiertas: Pedro Díaz Del Castillo

Se autoriza la reproducción de este libro electrónico con el único fin de su divulgación y distribución gratuita

www.ariadna-rc.com



Como la sangre en un organismo vivo, goza el agua en Armilla de inusual pericia para anegar los rincones más yermos del alma; gozan las ninfas y los fontaneros de bula para recorrer abrazados el sistema linfático de los arrabales, y gozan todos los habitantes, desde el corazón de la ciudad que en realidad es un aljibe, cuando oyen el golpe húmedo de lo que ya nadie duda es un nuevo latido.

Tal vez Armilla sea así por incompleta o por un capricho de su inventor, pero de lo que no cabe duda es de que está rebosante y viva.

Índice Gremial

Administrativos, *9*

Comerciantes, *25*

Cómicos, *37*

Diletantes, *53*

Espiritualistas, *75*

Militares, *90*

Proletarios, *100*

Técnicos, *115*

Registro Civil de Armilla, *145*

Acta notarial para la esperanza del viajero que llega a Armilla

Sin necesidad de convocatoria alguna, sin que nadie haya llamado a mi puerta a deshoras, sin necesidad de halagos ni amenazas, doy fe, como Protonotario de Armilla, de la existencia de esta ciudad y de la realidad de cuanto en ella lleguéis a ver o se os oculte. Poco importa si habéis entreabierto los ojos entre dos sueños, o si el vino os embriagó como nunca antes habíais sentido. Ciertos son los fantasmales trabajos de los que os hablarán, los artefactos sin dimensión, las huellas que no podréis seguir, pues apenas los pies se alzan del agua ya nada queda. Cierto es el mediodía confuso como cualquier crepúsculo, y la ceguera que sentiréis, una ceguera irisada, de la textura de la miel, distinta de la ceguera ardiente y dolorosa que sienten los que atraviesan el desierto, o la ceguera blanca y terrible de la nieve. Nada ha de haceros dudar. El agua es real. Armilla es real; lo son su destrucción y su pervivencia. Lo somos los que aquí vivimos. Tan sólo de vuestra existencia dudo.

Y para que conste, doy fe de todo ello en la ciudad de Armilla, en el día del solsticio de invierno, mediante firma y sello de este acta.

—LOVAT, es PROTONOTARIO en ARMILLA—

GREMIO DE ADMINISTRATIVOS

U

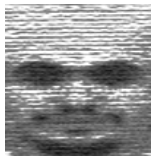
BIBLIOTECARIO

CONTABLE

JUEZ

OIDOR DE AGUAS

REGISTRADOR DE AGUAS



ESCRITO EN EL AGUA

Aquí yace uno cuyo nombre está escrito en el agua.

Epitafio de Percy W. Shelley.

Mi nombre ya no importa, es sólo una palabra, aunque precisamente mi trabajo, la razón de mi vida, sea la preservación de las palabras. Desde el momento en que nací –como en su día mi abuelo o mi padre– me fue confiada la custodia de la gran biblioteca de Armilla. Mediante una sencilla ceremonia, un sacerdote armado con un cuchillo marcó en mi antebrazo izquierdo la letra alfa, para simbolizar mi ingreso en un quehacer que ocuparía mi vida entera. Yo mismo vi, cumplidos los seis años, cómo el mismo sacerdote, alto y ceremonioso, labraba en la muñeca derecha de mi abuelo, enflaquecida y exhausta por la agonía, la letra omega que marcaba su cese y el final de sus días.

Una leyenda cuenta que en una de las planchas de la enorme biblioteca de Armilla está escrito el origen, el principio de todas las palabras que pueblan las innumerables salas, y en otra, acaso, su fin. Es posible que sea ésta. He dicho enorme y he hablado de salas innumerables; sin embargo, la biblioteca de Armilla no es muy grande, los pocos miles de volúmenes que se han salvado de las sucesivas destrucciones a lo largo de los siglos han sobrevivido gracias a un sistema de criptografía y conservación prácticamente único. Mis antepasados, a la hora de fundar la biblioteca, estudiaron la historia de los hombres, las diversas formas de conservación de la sabiduría que cada civilización había adoptado a lo largo de los siglos y las diversas formas en que perecieron. Así indagaron el fuego que devoró Alejandría, la polilla que asoló la gran biblioteca de Sinto, el pequeño hongo pluricelular que redujo a polvo los archivos virtuales del tercer milenio.

Para evitar las polillas y los hongos, los primeros bibliotecarios regresaron al papel, previendo que la abundancia y la cercanía del agua evitaría los populosos incendios de la antigüedad. Sin embargo, no contaron con la humedad de Armilla, que

se filtró a través del alcantarillado, convirtiendo centenares de miles de obras maestras en un lastimoso y blando montón de celulosa. En la llamada Primera Inundación –que no fue tal sino una sutil y persistente emanación de las tuberías– sólo se salvaron los estantes más altos de la biblioteca, situados a una docena de metros sobre el suelo, donde la lenta lengua del agua no podía trepar. Al menos, eso pensaron algunos bibliotecarios optimistas, los mismos que pasaron su vida, entre el alfa y el omega, pisoteando una masa informe de libros empapados, copiando manuscritos que se deshacían entre los dedos, gastando sus ojos en descifrar las escrituras borradas por el agua. Sin embargo, desde el principio sospecharon que el agua no sabía leer y que tampoco le gustaban los libros: por eso casi no sorprendió que la rotura del gran depósito de Lebasi II fuese a dar directamente, como dirigida por una mano maligna, sobre el edificio de la biblioteca. Esta Segunda Inundación, mucho más desastrosa que la Primera, provocó la demolición del antiguo edificio y la invención del sistema de conservación y almacenamiento actual.

En Armilla no existen los libros propiamente dichos. Es posible que algún visitante, de regreso de algún país extranjero, traiga en su equipaje un volumen que ha logrado eludir la aduana, pero sabe que, en la humedad impenitente que empapa la atmósfera, no durará mucho. Algunos mercaderes incautos, entre ellos ciertos emigrantes de la ciudad de Tolsa, intentaron enriquecerse con el tráfico ilícito de libros, sin saber que la ley que prohíbe el papel y el pergamino en Armilla no está dictada por la censura, sino por el sentido común. Me imagino sus caras de estupor al descubrir el valioso cargamento guardado bajo llave en algún almacén de las afueras convertido en una pasta húmeda corroída por la humedad perpetua.

Desde que la Segunda Inundación desbaratara hasta los cimientos el antiguo edificio de la biblioteca, todos comprendieron que el agua había declarado la guerra a los libros. Entonces uno de mis bisabuelos tuvo la feliz idea de cambiar el antiguo alfabeto por el actual sistema de trascripción simbólica y de encomendar su soporte no a la celulosa ni al pergamino, sino al agua misma. Un potente congelador va sacando las planchas de hielo macizo sobre las que los escribanos trabajan por turno, día y noche, con las manos enfundadas en guantes de piel y exhalando nubecillas de vaho. Cada plancha terminada contiene unos seiscientos caracteres que, leídos de izquierda a derecha y de arriba abajo, contienen aproximadamente un capítulo. Las planchas se guardan en enormes contenedores que se alzan hasta veinte metros de altura, conservados a una temperatura constante de cinco grados bajo cero. Los lectores deben proveerse, aparte de un permiso especial, de abrigo y botas de montaña. Una expedición a una de las salas de historia antigua, cerca de los talleres donde los escribanos cincelan cuidadosamente las planchas, puede durar varios días. La consulta de un volumen insólito puede deparar al curioso o al erudito una resbaladiza travesía entre deslumbrantes estanterías de cristal y alfombras congeladas. A veces, durante las noches, me despierta el martilleo incesante del cincel sobre el hielo. Es una escritura enormemen-

te sintética y compleja: un par de caracteres enlazados por un determinado símbolo equivalen a un poema. El cuidado de la temperatura y el orden de las planchas es esencial: bastarían unos grados de más para que un tratado de entomología se vuelva ilegible, y unos minutos de calor para transformar una epopeya en un charco.

Con todos esos inconvenientes de talla y conservación, la cultura en Armilla se ha vuelto una disciplina aristocrática y costosa. Cualquier autor que pretenda el ingreso de una obra suya a la biblioteca tiene que aprobar una rigurosa selección formada por un comité ciudadano, el cual en ocasiones decide que no merece la pena preservar, por ejemplo, un manual de caza o unas insulsas memorias. En uno de los viajes que hice en mi juventud, pude constatar que la severidad feroz que regula nuestra cultura y que tan nefasta pudo resultar en un primer momento, resultó beneficiosa a largo plazo. Vi ciudades donde hermosos poemas se ahogaban asfixiados entre una pirámide de letras; absurdas y multitudinarias bibliotecas donde grandes libros enmohecían entre un laberinto de títulos innecesarios cuya profusión semejaba el infierno. El agua, transfigurada en su ropaje de hielo, libró a Armilla del peso de los libros muertos y la ilusión de una cultura caducifolia. Al mismo tiempo, resucitó el antiguo oficio de bardo, haciendo que los hombres confiasen más en la nostalgia.

En aquel viaje –el último antes de suceder a mi padre en el cargo de bibliotecario jefe– me enamoré de una mujer muy joven y muy bella. Inútil precisar que ella también amaba los libros. Inútil también añadir que cometí el error de traerla conmigo, de desposarla según nuestras anfibias costumbres, de enfundarle el abrigo y los guantes de piel característicos de los bibliotecarios armillanos. Nuestra luna de miel transcurrió en un lecho de diamantes, entre rayos de luz que se filtraban a través de las palabras escritas sobre el agua. Fuimos muy felices, pero no tardé en constatar que había cometido el mismo error que tantos de nosotros cometemos al volver de un viaje, cuando olvidamos la delicada textura de nuestra ciudad natal y regresamos con un canario o un perro que pronto languidecen en una urbe hecha para los peces, llena de cañerías al descubierto, de gorgoteos y de fuentes, de canales y de barcas. Yo la amaba y ella me amaba a mí, pero venía de un mundo de papel, un mundo enemigo del deslizamiento y la fragilidad, un mundo enemigo del agua. No fue el frío constante y riguroso, ni la alfabética desolación de los estantes, ni el martilleo metódico de los cinceles sobre las planchas, sino una enfermedad prácticamente erradicada en Armilla y para la que nuestra medicina no conoce remedio. El reuma –al que los armillanos somos inmunes de nacimiento– fue reblandeciendo sus pobres huesos, del mismo modo que la humedad deformó el lomo de las vetustas enciclopedias tolsianas. Perdí noches enteras en la sección de medicina, bajando y subiendo escaleras heladas, desenterrando viejas planchas en busca de una cura para su mal. Nada encontré, salvo algunas conclusiones peregrinas: la idea, sostenida por un viejo sabio loco de que no somos más que el resultado de las combinaciones de un rudimentario alfabeto dis-

puesto en las espirales diminutas de la sangre. O la creencia, arraigada todavía en algunas religiones nativas, de que nuestros cuerpos y nuestros recuerdos son simples conglomerados de agua.

Anoche mi esposa murió entre mis brazos. Su nombre tampoco importa ahora. Se borrará como otra palabra más escrita sobre el agua, como su último aliento escapando en una burbuja de vaho, desmadejada bajo mis lágrimas, del mismo modo que una plancha mal guardada termina por fundirse en una agonía de cristal. Dicen las malas lenguas que algunos armillanos obstinados siguen confiando en el papel, y que, al igual que traficantes ingenuos, desafían a la ley, guardando en algún escondrijo de sus casas libros encuadernados a la antigua usanza. Es una suerte, porque dentro de muy poco tiempo, la gran biblioteca helada dejará de existir. El cuchillo con el que estoy labrando estos signos pronto trazará en mi muñeca diestra la letra omega. Pero antes de poner punto final a mi vida, cerraré los reguladores de temperatura del gran congelador central. Lentamente miles de planchas se derretirán gota a gota, soltando el lastre de una sabiduría milenaria e inútil, y todas las palabras del mundo correrán calle abajo, perdiéndose en los canales, en las alcantarillas, en los sumideros, arrastrando también, junto a una tenue errata de sangre, dos signos más, dos cuerpos enlazados en la última dramaturgia del agua.

—DAVID TORRES es BIBLIOTECARIO en ARMILLA—

CONTABLE EN ARMILLA

Semana 38 del año 12.025, acaba de empezar el otoño o podría ser la primavera o quizás el invierno. No hay nada que diferencie una estación de otra en esta ciudad. Es lunes y los grifos se vuelven a abrir y cerrar intermitentemente, agua fría o agua caliente, da igual. Son las 7 de la mañana, voy directo al baño, echo una buena meada y me lavo la cara. El vecino se acaba de levantar, compartimos espejo, nos miramos un instante. Le comento que se afeite. Él calla y comienza a afeitarse.

Desde que me destinaron a esta ciudad hará 2 años, he aprendido a despertarme cada mañana a través del sonido del agua. Mi nombre es Pablo Lago, contable de Seguros Santa Fe, multinacional asiática, 5 años de servicio, soltero. Cuento entre mis activos fijos esta casa en régimen de alquiler, el premio a la excelencia empresarial año 12.023, entregado por el Comité Regional de Seguros, y un título avanzado de emergencias y primeros auxilios en caso de no necesidad.

Desde la semana 23 del año en curso soy jefe del área de existencias: puesto que se me antoja difícil. Me visto, apuro el café, me deslizo por la tubería principal y salgo a la calle. Parece un día soleado aunque inundado de tediosas sombras metálicas eructando agua a cada paso. Un día normal como el anterior o el posterior. Es otoño y la semana acaba de empezar. La oficina está cerca, 10 minutos andando. Repaso una a una las tareas a realizar: existencias de almacén, existencias de oficina central, existencias estratégicas,... Sólo 5 días para cuantificarlo todo, para obtener un número que cuadre el balance.

A Armilla llegué por puro azar el 3er año en la compañía, semana 26, martes tarde. Antes había trabajado duro (no más que ahora, eso sí), por qué? No lo sé. Llegué por la tarde, y apenas tuve tiempo de admirar las cañerías. Contaba con un capital propio envidiable: un sentido del deber absurdo e irreverente, una mediocridad color rosa, unas ganas de combatir truncadas y una mancha de sangre en el culo. Llegué por casualidad decía, tras rescatar una llamada perdida del mar Gris. Su recompensa fue Armilla

Sólo 5 días para inventariar el almacén, la oficina central y la estrategia. Soy contable y jefe de área desde este año, gano lo estrictamente necesario, el fondo de maniobra que fluye dentro del cuerpo es infinitamente positivo gracias al alto porcentaje de existencias sufridas. Eso quiere decir poco más o menos que me deben más de lo que debo. El problema es quién. Y explica también que la sangre circule por venas y arterias, invisible.

Martes. Miércoles, Jueves. Viernes. Otra semana que empieza y acaba sintiendo el ir y venir del agua, sufriendo el amargo filtro del contable. Igual que el agua fluye por Armilla por las tuberías del tiempo, igual que un día más contando. Balance equilibrado.

—ÁLVARO DE CUENCA es CONTABLE en ARMILLA—

GUTA BAY, EL JUEZ DE LA ELOCUENCIA

Hoy he sabido que en Armilla, ha desaparecido la Justicia. Quizás resulte irónico –algunos lo llamarán cinismo, si es que algún día esa palabra atraviesa los poseidónicos muros de Armilla- que yo, Guta Bay, juez de la ciudad, pronuncie estas palabras. Sé que la ciudad nunca será consciente de esta pérdida, porque ya todo parece algo que no es, ya todo finge ser algo que es, ya todo es sin serlo.

De nada me ha servido escupir mi imagen en los espejos. No me ayuda el maldecirme a cada instante que pasa, ni mi espíritu se calma cuando mojo mis labios en las fuentes de Armilla. Si salgo a pasear por las calles de la ciudad, descubro que ya nada pertenece a la ciudad; la ciudad se ha convertido en un reflejo de sí misma, una imagen que ignora lo que refleja y cree ser lo proyectado. Armilla es una ciudad que disfruta siendo la metáfora desdibujada de una urbe y, si disfruta de este sentimiento falsario, es porque se cree más ciudadela que espejismo o ensoñación de agua.

A los ojos de mis conciudadanos, todo sigue igual que antes. La Justicia aún se reparte en la balanza de Tiresias y es tan transparente que, a veces, es difícil descubrir la cantidad de agua vertida en sus plateas. Los códigos traídos desde el Sur siguen en los armarios del Palacio de Justicia de Armilla. Sin embargo, al pasar sus páginas, notarás que la arena que compone sus sentencias se te escurre entre los dedos; descubres la imposibilidad de apresar las verdades que encerraban y tienes la certeza de que ya nada será hijo de lo infalible, de lo que nunca cambia.

Los habitantes de Armilla celebran la llegada de los códigos el día en que entran por la siniestra puerta del Oeste (Armilla siempre mirando hacia el Norte) las nieves que inmovilizan los muros de la ciudad. La historia de cómo Shiges luchó contra los vientos de arena que azotaban el Sur de la región se escucha en todas las casas. Aún recuerdo cómo Shiges derrotó a las ventiscas y huracanes que transformaban en una turba de arena las regiones situadas más al Sur de los manantiales en los que muere la ciudad; ahora recuerdo que Shiges robó al temible Siroco sus códigos de Justicia, ahora sé que de nada nos sirvió que las tablas de Shiges (o de Siroco) atravesaran los muros de la ciudad de Armilla: En ellos se encierra el don de la palabra, la

maldición del verbo.

Un extranjero ha sido el que ha abierto las puertas de la elocuencia a la Justicia de las murallas de agua. Armilla encerrada en la certeza de su propia existencia. Lo cierto es que aún no sé que delito cometió para ir a parar a la sala de los juzgados donde yo, Guta Bay, interpreto las tablas del Siroco. Lo trajeron a mi presencia y me contaron que había cometido la insolencia de construir entre las aguas de la ciudad una isla. Yo le pregunté dónde había conseguido la arena para la construcción de la isla y él no supo que contestar. Fue entonces cuando miré sus ojos –no a él, sino a sus ojos- y descubrí que no tenía esos fondos azules que serpentean en las pupilas de los habitantes de Armilla. Volví a preguntarle, con la certeza de estar hablando con un extranjero, de dónde había sacado la arena para la construcción de su isla y fue en ese momento cuando mis oídos se abrieron al Verbo que me amenazaba desde las páginas de los desiertos del Sur:

—Esto que veis entre mis manos no es una isla, Guta Bay, pues, si jamás habéis visto una isla, ¿Cómo podéis juzgarme?. La idea de isla os parece verosímil, de ahí que me juzguéis sin el peligro de equivocaros. Lo que parece cierto se transforma en verdadero en los labios de la Justicia.

La extraña palabra resonó en mis oídos, pero no como el agua que se desploma sobre los pozos de la ciudad o cómo las lágrimas de las mujeres de Armilla que ya no se reconocen en los espejos; Verosimilitud ha resonado con el eco de los cañones de piedra de las tierras del Norte, con la dureza del acero que traen los mercaderes de más allá de las tierras ajadas por el sol, ha sonado como si la ciudad se hundiera en sus propias cañerías. Ha sido entonces cuando he descubierto que lo verosímil no debe escaparse de las manos de la ley.

El Verbo, la Palabra, la Elocuencia, me han convertido en "rhetor", en el orador que puebla sus sentencias de verborrea verosímil. También me han convertido en aquel que debe evitar que la ciudad de Armilla sea consciente de su propia inexistencia. Sólo confío en que este don que ha venido de tierras extranjeras me dé también el don de la Indiferencia. Así, sobrevivirá la razón de Justicia y, con ella, Armilla, la sumergida en las aguas de la Inconsciencia.

Mi suerte está echada; El extranjero me ha mirado a los ojos y ha descubierto que he perdido el azul que habitaba detrás de mis párpados. Ahora ya sé que la arena de su isla era el código del Siroco.

—GUADALUPE DEL HIERRO es JUEZ en ARMILLA—

EL SENTIDOR DE AGUAS

Mi nombre es Anbu Inn Sizhwam Wakrrhií, tubero sentidor del distrito Zariazhtz-Gwisehtz de la muy noble ciudad de Armilla, con grado de oficial y tratamiento de wakmüt. A mi padre, el gran Inshet Inn Wakrií, se debe la invención del tubo lanceolado y del paso de rosca que lleva su nombre y sustituye al Torralba, pues posee la virtud de adaptarse a las aguas carmesíes de Diozximaäm, con mucho las más temidas y catastróficas de todas, pues no en vano destruyeron por dos veces la ciudad.

Durante 32 años he sido tubero sentidor, trabajo que consiste en oír las aguas que sólo pueden ejercer los ciegos y los zahoríes de Shwanhtz. Como quiera que por mi casta no es decoroso ser zahorí, con 16 años tuve el privilegio de ser desposeído de mis dos ojos por el cirujano real Sidmium de Tarfiahtz, que Él contemple entre los suyos. Desde esa edad ejerzo de sentidor, oficio al que he entregado mis mejores horas y que sólo abandonaré para ingresar en la escuela de Gwisehtz, con el regio honor de docente.

Podría decirse, de no ser porque el voto de humildad me lo reprueba, que no existe agua capaz de hurtarme sus secretos. Me bastan unos dayins para determinar con precisión no sólo la procedencia sino el humor de las aguas que atraviesan el sector, según la precisa escala del gran Vikaram Tú. Aquí, según es fama, el agua serena su fluir, por lo que el buen sentidor debe afinar muy mucho el oído y permanecer atento a las más sutiles manifestaciones de procedencia y temperamento del fluido.

Treinta y dos años de modesto aprendizaje me han franqueado algunos de los secretos de los 11034 caracteres del agua, que he dejado escritos en *Tratado del fluir y ciencia del sonar.* Así, por no ser exhaustivo, a las aguas de la cueva de Sariam se las reconoce por ser desconfiadas y premiosas, pues, habituadas a correr subterráneas y baldías, recelan de los tubos y se demoran en los codos, creando a veces situaciones embarazosas en el servicio; las de Wihtz, nacidas de la nieve, gustan recrearse haciéndose pasar por las de Dixzimaäm, temidas entre todas, pero les falta ímpetu y temperatura; las de Sifwt son aguas alocadas, corredoras, capaces de atravesar todo el

sector en unos pocos dayins, creando verdaderos desórdenes en el suministro y, lo que a la larga es más grave, sometiendo a las conducciones a serios problemas de fricción; las del glacial de Fakum Mí son aguas maliciosas que no hacen sino silbar en los bajantes y carraspear en las subidas, pero en cuanto atisban una soldadura defectuosa o la más leve fisura, tratan por todos los medios de escapar (yo las desprecio); las de Tiburzh, en cambio, son tímidas, medrosas y apenas si se dejan sentir sino en los albores de la primavera, que afecta sorprendentemente a su correr; si el neófito apenas las podría distinguir de las de Fakum Mí por su lento precipitarse en los lavabos, al fino sentidor no se le escapa ese pálpito interior del que carecen las otras, que a veces tratan de hacerse pasar por ellas; intranquilas y desvergonzadas se catalogan las aguas de la lejana Sirenia, que corren con limpio alborozo en la esperanza de encontrar en su salida cuerpos jóvenes, razón que las hace especialmente codiciadas en liceos y gimnasios; las del lejano Passum son aguas maduras, laboriosas y escépticas, que pasan sin pasar, con el empaque de unas aguas gastadas por las complejas conducciones. De todas ellas, sin embargo, prefiero las del también lejano embalse de Ramanh Suf Idrií, por su carácter contradictorio e irónico, que las hacen valientes en su carrera pero agrias y desabridas en los depósitos municipales, de donde a veces son desalojadas y revertidas a los jardines y muladares por su hosquedad; las idríes, como también se las conoce, son idóneas para la cocción de almagres y añiles, así como refractarias a todo tipo de rituales. Debo confesar que el agua de Daliahz, acaso la más celebrada entre los poetas, pero también la preferida en los sacrificios de solsticio, no me sugiere sino el horror de oírla corroer los cuerpos virginales junto a la yesrat, la hierba del diablo; las de Ercilitzh, son, en cambio más perfectas en su callar, en su no ser, pero, hace siglos que no suscitan versos tan hermosos y encendidos como los que en su día les dedicara Wysïm Fiú.

He dedicado ya una larga vida a estas aguas parleras, para las que me ha sido rehusada la contemplación. Ningún placer, sin embargo, iguala al que depara mi esclava J****. Me basta aplicar el oído a su piel para percibir el agua que la recorre por dentro, la más dulce de todas y que llaman Mar, extraño nombre. A veces, en los días de luna, escucho el Mar que duerme entre sus muslos, un Mar que no conozco, bravío, impetuoso, que une lo alto con lo bajo, lo posible con lo inaudito, lo cierto con lo umbrío, la cifra con su sombra; un Mar que arrastra en su furor cuanto le sale al paso, y al que le gusta referir el nombre de otras ciudades donde los jóvenes rasguean extraños instrumentos de seis cuerdas, y -aún más extraordinario-, indiferentes al compás del agua.

—VÍCTOR YANGUAS es OIDOR DE AGUAS en ARMILLA—

BREVE HISTORIA DE UNAS PALABRAS

"Pórtate como quien eres y que no vayan a decirte que aquí no se te dio ni instrucción ni hombría. Un duro de más - prosiguió-, no hace rico a nadie, así que quietas las manos y la frente muy alta. Mejor que te echen por flojo que por manilargo - continuó la madre, perdida en su salmodia. El chico, abrumado, decía sí a todo con una levísima inclinación de cabeza. "Y pon atención en las malas compañías y en las mujeres malas, que hacen perder a las familias". Y él a todo decía sí, sí, con menos convicción que fatiga. El padre, apoyado en el quicio, se ensimismó en un llanto de los suyos y la madre, resolutiva, consumó su retahíla con el "a volar, a volar, mi pichoncito". Así se fue de casa para trabajar en la empresa Sociedad Armillana de Aguas Blandas & Asociados.

La nueva ciudad, con sus prodigiosas obras hidráulicas, con sus enormes y tortuosas conducciones, que tan pronto se abismaban hacia el cielo como se sumían en la vasta depresión de los socavones, entorpeciéndose en mil quiebros y bifurcaciones, pero también con sus plazas cuajadas de metálicas palmeras y fuentes de vivo desvarío, le impresionó más de lo que hubiera calculado y así lo dejó escrito en una postal que reproducía una vista nocturna de la ciudad, que a última hora no supo a quién dirigir.

La oficina quedaba en un lugar impreciso, ocupando el espacio donde antes se alojara una formidable turbina que ahora quedaba arrumbada en un patio de tierra, como una felicísima promesa de pasado en el corazón de Armilla.

Muñoz, el oficinista, nada más verlo entrar por la puerta dejó su quehacer y le ofreció su mano. Esta es una empresa seria -dijo-, aquí se trabaja sin sobresaltos -y le mostró una pila de documentos-. Examine las facturas y los recibos y si ve algo anormal, una cuenta que no cuadre, una dirección tachada, una firma sospechosa, deje el documento a un lado. Hay que andarse con ojo, porque aquí el que no corre, vuela.

Fueron las únicas palabras que le oyó a Muñoz, quien gustaba expresarse con encogimientos de hombros, enarcamiento de cejas y en ocasiones excepcionales con

leves movimientos de manos.

Cobraba una miseria, pero a decir verdad su trabajo era rutinario y completamente improductivo, por lo que, en el fondo, se sentía agradecido. Con el obsesivo trajín del agua de fondo sonoro, tardó tres años en encontrar una factura fraudulenta, que apartó con sobresalto, como quien inesperadamente llega a la solución de un enigma y de pronto no se atreve a dar un paso más. Muñoz, súbitamente rescatado de su propios pensamientos, le guiñó un ojo y se alzó de su asiento con la solemnidad que de un momento así podía esperarse. Le palmeó el hombro y a él le pareció escuchar un susurro de aprobación. Eso fue todo.

Un día tomó el tren y volvió a casa. Su madre lo encontró hecho todo un hombre y llamó a las vecinas para que admiraran la apostura de su hijo. Su padre lloró con emoción, pero sin proferir más que sonidos entrecortados. Se encerró en su cuarto donde echó de manos el obsesivo rasgueo de las cañerías y el paisaje desconcertado de Armilla. Durante días sucesivos deambuló por las calles y alguien lo llamó por su nombre, jovialmente. Porque hacía años que nadie lo llamaba por su nombre, sonrió apenas, como quien disculpa una equivocación. Tan persuasivo fue con su gesto que el otro, azorado, dijo: usted perdone.

A su vuelta Muñoz lo abrazó sin pudor y hasta ensayó una débil palabra de bienvenida que él supo agradecer apretándose contra su compañero. Fue un alivio sumirse de nuevo en los papeles, acompasado por el certero frufrú de las aguas, que pasaban y volvían a pasar con cadencias idénticas, con soniquete de canciones antiguas. Entonces, ya entregado a su tarea, dedujo con alivio que la precisión de las facturas y el parloteo acompasado del agua hablaban a las claras de la precisión del mundo.

Una tarde Muñoz se levantó de su mesa y tras sacudirse su gabardina le dijo: mañana no vengo, tendrás que ocuparte tú de mis cosas. Él encogió con exageración los hombros, sin acabar de entender. Muñoz arqueó las cejas en señal de derrota y dijo: "me jubilan". Una lágrima rodó por su mejilla y la luz osciló tres, cuatro veces. Al atravesar la puerta, Muñoz le guiñó un ojo y dijo algo que él, absorto en su repentina soledad, no escuchó.

Durante un tiempo no hubo otra compañía que la del agua musitando desconsolados amores por los grandes conductos; un lejano murmullo en el que él, de cuando en cuando, sorprendía alguna palabra, como alacrán o vitola, escisión o locura, jamás Armilla, como quería la tradición y juraban los puristas. Ahora se hacía cargo del trabajo de Muñoz y recibía cartas de los usuarios en las que se quejaban de la mala calidad del agua o de su excesiva gordura, que hacía difícil ducharse, moler la avena o cocer verduras. A los aprendices, para quienes el trabajo era una mera distracción eventual, trató de inculcarles la fe en el trabajo y la confianza en sí mismos, pero

ellos, con el solo afán de sacarle alguna palabra, lo molestaban de continuo con dudas infundadas, con simplezas y sospechas. Hubo varios aprendices, aunque ninguno se quedó mucho tiempo, lo que él terminó por agradecer.

Otro día volvió a casa, pero sólo encontró niños vociferantes y desmañados que se disputaban un camión de plástico. Los estuvo observando un buen rato tratando de encontrar en ellos parecidos familiares, pero no se atrevió a franquear la puerta. Bajó los escalones con abatimiento y en la calle ya nadie pronunció su nombre. En la estación, pequeña y llena de ruidos, compró un periódico y varios caramelos que él mismo puso sobre el mostrador. Alguien se acercó a venderle lotería y él, con un enérgico movimiento de cabeza, lo disuadió. Una mujer le preguntó si iba a algún sitio y él, no acabando de encontrar el quid de la pregunta, respondió que sí, al tiempo que se entregaba a la lectura del periódico. "Vaya", contestó la mujer, que no se daba por vencida. Él sonrió y ella con un suspiro zanjó la cuestión.

Aquel "vaya" lo reconfortó, de forma que cuando retornó a la oficina se dijo que ya era hora de solicitar el teléfono, pero recapacitando en los contratiempos que un paso así podría depararle, se olvidó de su ocurrencia para entregarse de lleno a sus papeles. Una tarde insospechada se abrió la puerta y apareció Muñoz con una camisa estampada y un cigarrillo en la boca. Ambos se abrazaron y aunque Muñoz parecía con ganas de decirle algo, permanecieron ritualmente en silencio. Sólo cuando Muñoz atravesó de nuevo la puerta, se atrevió a decirle adiós, adiós. Él alzó la mano y sonrió con sutileza, agradecido.

Adiós, adiós. Esa palabra lo acompañó durante una buena porción de años, hasta el punto que estaba convencido que los tubos, que sin duda habían escuchado la palabra, la proferían de continuo; adiós, adiós y él respondía para sí, adiós, adiós y se enredaba en sus papeles. Adiós, respondía, para enseguida brotarle una lágrima o una sonrisa, según.

Adiós se dijo el día que una carta firmada reclamó su jubilación en la Sociedad Armillana de Aguas Blandas&Asociados. Ese acontecimiento que él temía como la más terrible de las catástrofes, lo abatió durante varias semanas. Tendría, por lo pronto, que acudir a una oficina y dar sus datos, ofrecer disculpas, pedir que le asesoraran en el papeleo y acaso sumirse en un prolija explicación, pero la mujer de la ventanilla, concentrada en su trabajo, no lo miró siquiera. Se limitó a requerir su documentación y, sin el menor énfasis, luego de un incómodo silencio, dijo: "listo, todo en orden, espere unos días y si no...".

Expresiones exactas, meticulosas, radicales, pero rematadas en un el suspense. "Todo en orden", se dijo, como si de golpe hubiera encontrado la llave de la luz y lo cegase el resplandor. Ante tamaña rotundidad decidió olvidarse del tono suspensivo.

Ya en la calle dijo para que lo oyeran: gracias. Se sintió bien después de decirlo y se vio repitiéndolo tres, cuatro veces. Un perro vino a olerle los zapatos. Un hombre con cara de conejo se le acercó para venderle un reloj de marca, una máquina de afeitar, un exprimelimones, una baraja de naipes con mujeres en actitudes procaces. Un anciano se ofreció a leerle la mano o los pensamientos. La portera quiso interesarse por la novedad de no trabajar esa mañana y su gato lo miró enigmático desde el tercer escalón.

Subió feliz hasta su habitación. Empujó la puerta, trazó un círculo enigmático en el viejo almanaque y se sentó a esperar. No sabía qué.

—MANUEL MOYA es REGISTRADOR DE AGUAS en ARMILLA —

GREMIO DE COMERCIANTES

BODEGUERA
CORTESANA
MARCHANTE
PROSTITUTA

D

LA BODEGUERA ENAMORADA

Sinera vertía agua en las enormes barricas de vino de la taberna de su tío. Era una tarea dura y para llevarla a cabo, la bodeguera se levantaba muy temprano por las mañanas, al despuntar el alba, antes de que la taberna abriera sus puertas a los parroquianos.

Había quedado huérfana al nacer. Su padre, leñador, había muerto en el bosque unos meses antes de su nacimiento. Su madre, debilitada por el dolor y la tristeza, había fallecido pocas horas después de que la pequeña conociera el mundo. Las únicas manos que la acariciaron brevemente fueron las de la comadrona, la vieja Eduvigis, que fuera su único vínculo afectivo. Pero Eduvigis era vieja, viejísima, y también la dejó, encomendándola a los cuidados de su tío Vicente, el bodeguero de Armilla.

Pocos cuidados le profesó el huraño tío que, a poco que tuvo edad, la obligó a trabajar en la taberna, atendiendo a los clientes que venían a consumir el vino aguado de Armilla. Y de ahí a trasegar con cubos de agua al amanecer hubo un pequeñísimo paso.

Desde que, una tarde de otoño, escuchara a una vieja comadre contar la historia del alguacil, Sinera se había enamorado de él. El joven no era un cliente habitual de la taberna y la chica, que casi nunca podía salir por las muchas tareas que debía realizar, que incluían la limpieza de la taberna y de la casa de su tío situada en el piso superior, no le había visto jamás. Pero aquella historia que escuchó desde la ventana del piso, le hizo por primera vez soñar. ¿Cómo sería aquel joven? Por lo que la vieja contaba, era valiente y arrojado. Había bebido de las hechizadas aguas de la Laguna de Orco pero eso no le había apartado de las gentes y se había convertido en el alguacil más eficaz y cumplidor que había conocido el pueblo. Sinera lo admiraba y suspiraba por él.

El día que, por tercera vez quedó sola en este mundo, Sinera no se sintió desgraciada. Nunca había podido sentir la pérdida de los seres queridos porque no había tenido, por ser tan pequeña, conciencia de ésta. Esta vez, de alguna forma, se sintió liberada.

Como una buena sobrina, acudió al entierro, vestida de luto de pies a cabeza y el rostro sereno cubierto por un ligero velo negro. Y ahí lo pudo ver. Era extraño, con aquellos cuatro brazos y cuatro piernas fuertes y vigorosas que habían obligado al sastre de Armilla a realizar una proeza. Y el color de su piel era gris y sin lustre. Pero la chica, que había soñado tanto con él en sus largas noches solitarias, no pudo dejar de mirarle. Y descubrió que su mirada era clara y sincera.

A la salida del cementerio, el alguacil le estrechó la mano y le comunicó sus condolencias. Por una fracción de tiempo ínfima las miradas de ambos jóvenes se cruzaron y Sinera se vio reflejada en los profundos lagos de la mirada de él. Y sintió la calidez de una de sus cuatro manos estrechando la suya con firmeza. Y adivinó una velada sonrisa en el rostro enjuto y plomizo del alguacil. Nada trascendió fuera de sus miradas pero ya la chica sintió que los sueños de los que se había enamorado podían tener forma, aunque fuera la contrahecha figura del alguacil de Armilla.

No había pasado desapercibida la chica para el alguacil. Su mirada, discretamente, había acariciado aquel oscuro y largo cabello cuando la muchacha se alejaba del camposanto. Nunca la había visto por el pueblo pero no fue difícil averiguar por qué. No le extrañó que la chica le resultara desconocida cuando él conocía a casi todos en Armilla. Hasta a don Vicente, el tío de la muchacha, que jamás la mencionaba, como si no existiera. Había un misterio profundo en la existencia de aquella chica que atrajo al alguacil tanto como la profundidad de su mirada, su cabello endrino o la delicadeza de su cintura.

Se encontraron en el bosque, muy cerca del lago, cuando en el cielo ya se anunciaba el crepúsculo. El alguacil había bajado para vivir su peculiar vida nocturna, y, pensativo, miraba las oscuras aguas que lo habían convertido en lo que era. Ella caminaba por el estrecho sendero que pasaba a pocos centímetros de la orilla. Él la vio y la llamó. Ella se volvió hacia él, sorprendida. Volvieron a fundirse las miradas. La muchacha portaba un fardel de tela con sus pocas pertenencias.

—¿Dónde va, señorita? – le preguntó el alguacil, sin apartar los ojos de los de ella.

—No lo sé... – fue su respuesta – Donde la vida me lleve.

—¿Os vais de Armilla, pues? – continuó el alguacil, deseando pedirle que se quedara.

—No hay más remedio – la chica parecía deseosa de marchar y bajó los ojos hacia el suelo – Ya no me queda nada en Armilla.

—Yo... – balbuceó el joven. Intentó armarse de valor antes de que ella decidiera proseguir su camino – No os vayáis. Os echaría de menos.

—No me conocéis, señor. ¿Cómo se puede echar de menos algo que no se conoce?

—Yo os echaré de menos – afirmó él, levantándose de la piedra en la que estaba sentado y acercándose a ella.

Los dedos de él tocaron las puntas de los dedos de ella, casi temerosos. Los ojos volvieron a unirse en un abrazo invisible. Y Sinera, apartándose del alguacil, se volvió hacia el camino desapareciendo entre las oscuras sombras del bosque.

El alguacil se despojó de sus ropas y se sumergió en el lago, para convertirse en la pequeña araña de agua, que era su otra vida. Al resguardo de los depredadores, que siempre ponían en jaque su seguridad, y en busca de suculentos bocados que llevarse a la boca.

A la mañana siguiente, cuando volvió a recobrar su forma casi humana, encontró unas ropas de mujer esparcidas en el suelo muy cerca de las suyas. ¡Eran las ropas de Sinera! Se asustó mucho, pensando en todas las adversidades con las que podía haber tropezado la joven, hasta que una mano suave se posó sobre su hombro.

Se volvió y, frente a él, estaba la muchacha, con el rostro ceniciento y la mirada temerosa.

—Me he quedado para que no me añores – dijo la chica, con un hilo de voz.

Y los dos se abrazaron, desnudos bajo la débil luz del amanecer. Ninguno de los dos se volvería a encontrar solo.

— SUSANA GARCÍA es BODEGUERA en ARMILLA—

SILANTRA, LA CORTESANA DE GLAUCOS OJOS

Extraño viajero, no sé si sabréis que soy la última superviviente de las mujeres de Armilla. No os sorprendáis si os digo que aquellas mujeres que veis a través del agua, no son más que espejismos de vuestro deseo. A Armilla se llega a través del deseo; vos los sabéis si os habéis arrastrado entre las arenas del desierto buscando el consuelo de la humedad en los labios.

Como me habéis honrado con una noche de placer distinto al de los hombres de Armilla, os voy a contar la historia de las mujeres de esta ciudad y de cómo yo, Silantra, me convertí en cortesana.

Has de saber que antes que las mujeres desaparecieran de Armilla, estas poblaban las calles de corales rojos, mientras los hombres vivían al otro lado de las montañas del Norte, más allá de las tierras que ser retuercen atormentadas por el sol. La dureza de los hombres del Norte era temida por las mujeres de la ciudad, pero vivíamos con la certeza de saber que los glaucos ojos de las mujeres de Armilla atemorizaban a los hombres de fuera de sus muros. Las mujeres de Armilla no éramos más que simples amazonas con los pechos tapados y los ojos al descubierto.

Ninguna de nosotras te contará como cayó la desgracia entre los muros de la ciudad; sin embargo, todas sabemos que fue un extranjero como tú, venido de las tierras del Este el que trajo la Lujuria y el Deseo al cuerpo de las mujeres. Aquel hombre venía con las manos vacías, ninguna pertenencia traía a sus espaldas, pero no quiso dejar a las mujeres de la ciudad sin nada que ofrecer. Durante días vagó pensativo entre las fuentes, con los ojos sudando sin encontrar nada que ofrecernos. Al mes de este encierro en sí mismo nos dijo:

- Sabias mujeres de Armilla, me habéis abierto las puertas de vuestros hogares y yo no tengo nada que ofreceros. La hospitalidad que me habéis brindado os será de-

vuelta una a una. Visitaré vuestras casas, os abriré vuestra piel de agua, os bañaréis en aguas tan extrañas que jamás reconoceréis.

Y así fue como aquel extranjero recorrió todos los cuerpos de las mujeres de la ciudad. Noche tras noche saboreaba nuestros cuerpos, mojaba sus labios en las salinas pieles de las mujeres. Sabía arrancar de nosotras gritos que aún resuenan entre estos muros y sabía que a través de nuestros glaucos ojos podía ver los temores de las mujeres de Armilla.

Fue él quien acudió a las tierras del Norte. Fue él el que les descubrió el secreto de nuestras mujeres a los hombres que ahora habitan Armilla. Fue él quien tejió las telas que taparían nuestras glaucas miradas que tanto les atemorizaban. El Deseo de él fue el que le abrió las puertas de nuestra ciudadela, nuestra virginidad violada le atrajo a la ciudad con gritos de Placer.

Los hombres del Norte se vendaron los ojos al entrar en la ciudad y nosotras les abrimos las puertas de nuestras casas; entonces ellos nos vendaron los ojos y así evitaron tener que verse reflejados en nuestras frías miradas de desprecio. Después, nos fueron degollando una tras otra y los pozos de Armilla se tiñeron de rojo.

Extraño extranjero, esas mujeres que veis son los delgados espíritus de las mujeres ultrajadas por la ira de los hombres. Si vagan entre los muros, así, como espectros teñidos de tristeza, es producto de la amargura de los hombres al condenarlas a muerte.

Aún os preguntareis cómo yo, Silantra, conseguí sobrevivir a aquel holocausto. Has de saber que hasta las Sabinas se enamoraron de sus raptores, pero no es esa mi historia. Sin saber porqué, aquel extranjero me encerró entre estos muros de verdes aguas que nos rodean y estuvo disfrutando de mí durante cien días y cien noches. Fue así como el Deseo hizo de mí una cortesana, disfrutando con los hombres más que con cualquiera de las mujeres de esta ciudad. Descubrí que la Lujuria puede enfermar las mentes, puede transformar los cuerpos. Una mujer es capaz de tomar mil formas, mil cuerpos cuando su Apetito se despierta.

Incrédulo extranjero, ¿No habéis visto a mujeres arquear sus espaldas hasta el infinito?, ¿Acaso no habéis sentido como su piel se revolvía al contacto con la vuestra?. Hay mañanas en las que os habréis despertado con el cuerpo envolviendo el suyo, con sus pechos acariciando vuestra espalda, con sus manos intentando arrancar vuestros sonidos olvidados en las noches. Incrédulo extranjero, si en ese momento habéis mirado a los ojos de una mujer, verías que en ellos había más de otro mundo que de este. En esos momentos, descubrís que hay más vértigo en las miradas de una

mujer que en toda la hondura de los pozos de Armilla

Y así es como yo, Silantra, cortesana de la ciudad de Armilla, he sobrevivido. Los hombres necesitan la hondura de mis párpados para saber que son mortales, para saber que si se asoman demasiado podrían perder esta ciudad.

— EULA BARNES es CORTESANA en ARMILLA—

EL NEGOCIO MARCHA

Soy el que llaman Acqua Tranquilla, vendí mi primer vaso a los seis años. Era de plata y con él me bautizaron siguiendo los ritos andaluces. Fue un gran negocio, no me servía de gran cosa ni para contener el recuerdo me servía y para beber me bastaba el cuenco de mis manos. Lo cambié por un tapón de corcho traído de Portugal. Para mi edad apuntaba alto. Desde aquel día pude encaramarme a las bañeras superiores, taponar su desagüe y tomarme largos baños.

No todos podían hacer lo mismo. Aunque en Armilla había agua de sobra, corría sin freno y un buen tapón de corcho permitía retener su carrera y embalsarla. Hay otros procedimientos, los cántaros – cuántos habré vendido -, las cisternas de *marés* mallorquín que se llenan con tuberías de bambú…Sin embargo nada tan simple, tan pequeño y útil como un tapón de corcho.

Su posesión me trajo la libertad. No es una exageración, cuando necesitamos algo, empeñamos nuestro esfuerzo para conseguirlo, vendemos nuestro tiempo a los señores por unas monedas que nos permitan obtener lo deseado. Por este sencillo procedimiento perdemos la libertad sin darnos cuenta. Mi tapón de corcho portugués me ahorró muchas horas vendidas a mal precio para conseguir, por ejemplo, un cántaro con el que llevar agua a la cocina de mi vieja. Esta capacidad mía para dilucidar qué era digno de ser comprado me permitió hacer buenos negocios y convertirme en dueño de mi tiempo, si bien es verdad que como amo de mi destino era un verdadero tirano. Y digo era, porque ya no es así.

Fue hace seis meses. El tirano en que me había convertido se sintió absolutamente protegido por Hermes que como conocen mis colegas del gremio, es el dios del comercio y protege a todos los que a él nos dedicamos. El caso es que invertí toda mi fortuna en una operación de alto riesgo, no del todo legal, pero que si tenía éxito me permitiría controlar el agua de Armilla. Era sencillo, consistía en comprar todos los

tapones de corcho de la ciudad, poco a poco, sin levantar sospechas. Al mismo tiempo se llegaba a acuerdos con los corcheros para que el transporte fuera encargado a caravanas controladas por amigos. De esta forma en seis meses, todos los tapones de corcho de Armilla serían míos. Podía alquilarlos, crear escasez y descontento, donarlos a causas de moda para ganar fama de filántropo, en fin que ofrecía muchas posibilidades. Todo estaba planeado a la perfección excepto la inmensa riqueza de la naturaleza y la agresiva penetración de los comerciantes franceses. Un buen día aparecieron con unas láminas que llamaban caucho – por lo visto los indios del Perú le llaman así y significa impermeable –. El que llegó a Armilla venía de México, decían que era la savia del árbol del hule que se transformaba en láminas elásticas en las factorías de Guadalupe. Con este mágico producto se podían fabricar trajes de agua y ¡tapones!

El descubrimiento del caucho arruinó aquel prometedor negocio. La gente ni se dio cuenta de la escasez del corcho, casi al mismo tiempo que éste desaparecía, en los comercios se podían encontrar unos nuevos tapones de tacto pegajoso, que no dejaban escapar una gota de agua – como insistían los tenderos -.

Ahora he vuelto a donde comencé. Conservo mi tapón de corcho portugués, es mi única pertenencia. Ya no lo alquilo porque todos tienen su tapón de corcho – algunos llevan una triada: para las bañeras, los bidés y los lavabos – pero me soluciona mis necesidades acuáticas. Las otras las he resuelto alquilando mi experiencia a un poderoso marchante francés. El mismo que arruinó mi proyecto. Sigo siendo muy cuidadoso con mi libertad y sólo le alquilo las horas suficientes para cubrir mis necesidades básicas. El resto del tiempo lo dedico a preparar un nuevo negocio que creo puede ser muy rentable: es una moda de baño que viene de Bagdad. Para poder disfrutar de ella los habitantes de Armilla tendrán que adquirir unas máquinas que llaman *al-jarsuf*. ¿Y quién será el primero en traerlas sino el viejo Acqua?

al-jarsuf: alcachofa, pieza agujereada por donde sale el agua de la regadera o de la ducha.

—RAFAEL P. CASTELLS es MARCHANTE en ARMILLA—

ENTONCES FUE QUE NOS HICIMOS RICAS

Hasta que el agua se acabó. Desapareció. Primero se amustiaron las macetas con flores de las ventanas y se opacó el brillo del pavimento en las casas de familia –*como un espejo*-; a los tres días los señores sacaron las camisas de colorines que habían recibido de regalo y jamás se habían puesto. Una imperceptible nube de tristeza bajó sobre Armilla. La fonda y el café tuvieron que cerrar, la barbería igual, hasta la parroquia dejó –temporalmente- de bautizar. En ***El Resplandor*** las cosas iban de mal en peor: *es un nido de enfermedades*; *"Resplachinche"*, comentaban; las mismas pupilas no querían trabajar *¿para andar después pegajosas y rascándonos?*. La debacle. Una de esas noches llegó al ***Resplandor*** un joven mestizo como de 20 años: delgado, alto, los dientes sanos, los hombros, las manos y los ojos muy abiertos. Ya se sabe.*¡Sayonara!*, llamó Amada. *Son mis días, señora Amada, no se puede*. ¡*Lucecita!,* gritó de nuevo la matrona. *¡Ay, Amada, si el nieto de Teté lo sabe nos mata a todas y después le prende candela al* ***Resplandor****!*. Entonces me llamaron, y yo, que desde que entró el chamaco aquél sentí una cosa rara, dije que sí. Cuando terminamos llenos de sudor los dos, tocaron a la puerta. Era Bebi, con un balde grande lleno de un agua cristalina. *Especial para usted, joven, para que no se olvide* –y lo miró como él sólo sabía: intensa, rápida y descaradamente. Bebi era el responsable de las abluciones, el palanganero, como dicen acá. No sé de dónde sacó el balde de agua: el chico se lavó, pagó y se fue. Pero regresó al día siguiente y fue la misma historia. Y al otro día también: Wilfre –aprendí en nombre del muchacho- se convirtió en el cliente solitario. Comenzó a salir de la alcoba como lo trajo Dios al mundo. Bajaba y subía las escaleras, se tomaba dos o tres cervezas, conversaba con todas. Ya lo esperaban. Entre cargante y deseado, Wilfre devino el recuerdo de nuestra clientela: siempre con avidez, siempre con prisa, siempre puntual en su pago, siempre con el agua a punto. Sí, porque ya era notorio que el gasto cotidiano de Wilfre, salía del bolsillo del palanganero.

¡Wilfre y Georgina, que yo no tengo un pozo! La protesta resonó en la casa entera. Y a Amada se le quedó impresa.

Al otro día por la mañana, en el pequeño patio, habían marcado un círculo sobre la tierra. Seis hombres daban pico y pala y seis botaban tierra en parihuelas. A metro por hora. Sobre las 4 de la tarde hallaron agua. Los días siguientes se fueron en colocar tuberías, hacer una caseta y conectar la motobomba. ***El Resplandor*** revivió. Fue mucho más que lo que era. Lo limpiaron y baldearon, lo pintaron, fregaron la cristalería, las muchachas olían a frescura por encima del Agua de Florida y las Siete Potencias. El único lugar en Armilla que rechinaba de limpio, ***El Resplandor***. Regresó aquel ceremil de hombres: era el placer y el baño fresco. Porque el servicio era una mujer y dos baldes de agua. Por tres veces la tarifa de antes. Y a partir de las 4 de la tarde (más o menos después de la siesta) permanecía abarrotado. Lucecita, Gerogina, Soraya y Sayonara no daban abasto. Abrieron banderín y vinieron más muchachas. La matrona no cabía se contenta. *¡Que se caiga Armilla y se muera de sed, que en El Resplandor somos las que somos!*

El reinado de Wilfre terminó, pero nadie tuvo corazón de decirle que se fuera y mucho menos de cortarle la cabeza. Al final aceptó la propuesta de Amada: igual que las pupilas, pero vestido de vinil oscuro. Bebi fue dichoso. A su modo, Amada tenía destellos de visionaria: compró, cambió, instauró. Y nosotras, lo mismo: casi toda Armilla fue nuestra.

Amada desató el furor de los pozos. Como un pozo no es invento ni un viaje a otro planeta, después que el pueblo calmó su sed, la gente se olvidó de todo –sabio mecanismo de los seres humanos-; sólo nosotras nos quedamos poderosas para toda la vida.

Putas de pueblo y ricas, agua que sale de los pozos, casas de lenocinio mixtas, madamas salvadoras, palanganeros venturosos; prosperidad que entregan la razón y el placer: es la historia del mundo al revés.

—ANTONIO DESQUIRÓN OLIVA es PROSTITUTA en ARMILLA—

GREMIO DE CÓMICOS

T

ACRÓBATA

FUNAMBULISTA

GUITARRISTA

MÚSICA

MÚSICO

RAPSODA

LA FAMILIA DE ACRÓBATAS

Llegamos, saltimbanquis, a esta Armilla. La hallamos como hallamos a cualquier otra ciudad: apareció ante nosotros.

(Somos una familia de viajeros. Ganamos nuestra errancia con nuestros cuerpos, que hemos endurecido y aligerado desde nuestra primera infancia para que puedan efectuar toda suerte de saltos y piruetas, llenos de riesgo y de belleza, para que los otros hombres y mujeres, pesados, obsesos, siempre más cercanos a la tierra a la que todos hemos de volver, se imaginen como nosotros: más livianos, más del aire que perdura.)

Llegamos, como digo, y no es la primera ciudad extraña con la que damos, nada de eso: hemos estado en Octavia, en Raísa, en la temiible Procopia, en Rosita, la tenue, la de albúmina y aromas. Pero nada habíamos visto como esa floración de tubos verticales, horizontales, siempre bifurcándose y reuniéndose en ángulos rectos, siempre hacia arriba, siempre más y más lejos, dibujando paredes, columnas, casas, edificios que no están allí, como las venas y arterias de un cuerpo que se hubiese marchado, puntuadas apenas por fregaderos, lavamanos, grifos como flores y frutas de árboles mecánicos. Nos quedamos mudos: todos, desde Javier el más viejo, primero de nosotros, hasta Sonia segunda, que sólo tiene tres años, y que despertó de la modorra del viaje con visión semejante, en brazos de su madre, y pensó que aún soñaba.

Pero luego vimos a las señoritas: en las tinas, de pie en los lavabos, sentadas en bidets e inodoros, precariamente asidas de tes y eles y cruces por todas partes, mirándonos, curiosas.

Y, cuando alguien nos mira, por supuesto que sabemos cómo actuar, quién ha de dar el anuncio, quién pone la música, quiénes forman la primera pirámide humana, muy vistosa y llamativa, pero no lo mejor de nuestro repertorio, por supuesto (conocemos nuestro oficio).

Alana y Carlos trepan a brazo limpio de una planta baja a un segundo piso. Gerardo y Mayra bajan, al mismo tiempo, del tercero al primero, cabeza abajo. Los dos pares se encuentran y se cruzan. Javier y Javier segundo, su hijo, toman a Javier tercero, que es tan flexible, y lo enredan en un tubo, lo anudan y desanudan, juegan a que es una cuenta de ábaco en un tubo transverso. Entre otros dos más, elevados, paralelos, Sonia grande salta y hace cabriolas y volteretas. Daniel corre de puntas a cinco pisos de altura, se para en el dedo gordo del pie derecho, gira, una, dos, tres veces, vuelve sobre sus pasos, finge que va a caer y cae, claro, pero se agarra en el último momento, y su propia caída se vuelve impulso ascendente, triunfal…

Todas las señoritas aplauden, jubilosas, y entonces comenzamos la Gran Pirámide: toda la compañía, de Javier el más viejo a Sonia segunda, que tiene tres años, todos del menos a la más ligera, unos sobre otros trepamos como si la gravedad no existiera, como si no tomáramos impulso, vamos montando la base de abuelos, la parte media de los padres, la cúspide brillante de los más jóvenes, y hasta arriba, sola, Sonia segunda, que trastabilla ligeramente, vacila, es natural, es parte de su encanto, y roza apenas un tubo horizontal para no perder el equilibrio.

Y el tubo se rompe, no se sabe por qué ley de la física o los metales, y se abre un espacio vacío entre sus mitades, y el agua a presión de las tuberías inacabables de Armilla se ve impelida, de pronto, tampoco se sabe por qué reglas inexorables, a esa conexión rota, sobre todos nosotros, y sale con la forma de un chorro potentísimo, un surtidor, una lluvia que cae gozosa sobre nuestros padres, nuestros, hijos, y nos baña en la plenitud de nuestro arte, y atrapa el sol y nos pinta con reflejos innumerables, nos ilumina para alegría de las señoritas, que aplauden y silban y gritan como locas.

—ALBERTO CHIMAL es ACRÓBATA en ARMILLA—

EN EL EQUILIBRIO

Supe del funambulista por vez primera, una madrugada de abril en la que lo hallé suspendido sobre una de la miles de gotas de rocío con las que la mañana regala la flor del nenúfar. Su rostro dotado de una vaga intensidad contenida parecía serenarse en los lejanos horizontes de los desiertos que rodean Armilla. Más tarde, sentados frente a un vaso del vino ligero y generoso que se sirve en las tabernas, el funambulista me hablo del agua, de las largas horas en equilibrio tenso sobre un solo cabello de las ninfas que habitan el lejano mar de Astenos. O del doloroso entrenamiento en las frías horas en las que las brumas oceánicas forman miriadas de gotas microscópicas que a modo de pedestal son usadas para permanecer en el aire todo el tiempo que permite la brisa de los mortecinos amaneceres del invierno.

El funambulista supo de Armilla en alguna taberna portuaria luego del alcohol con el que solía combatir el vacío de la vida terrena. Supo de sus fuentes y canales, del eterno canto de sus aguas, de la noble pureza con la que sus cursos inscriben el fondo de las acequias y los aljibes que gobiernan su majestuoso perfil en la lejanía. A la mañana siguiente, en la lucidez que gobierna toda resaca, supo que para lograr exorcizar el mal de tierra habría de buscar aquel oasis y perderse para siempre entre sus cauces y acuíferos.

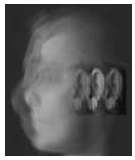
El funambulista me habló de ese llanto primigenio que origina la inicial contemplación de Armilla en la distancia, de cómo sus lágrimas fluían entre las arenas del desierto buscando la complicidad de caños y fontanas, de cómo había llegado allí para renacer en un acto supremo de equilibrio forjado durante años por las aguas y los vientos que susurran desde el océano.

No volví a saber del funambulista hasta que años después tras retornar de un largo viaje, lo encontré mirándome erguido desde las alturas tras la fría transparencia del cuarzo con el que hace siglos alguien construyó el Aljibe Central. Ante mis ojos

se encontraba el máximo ejercicio de funambulismo referido en aquel encuentro tiempo atrás. Su cuerpo enhiesto se encontraba anclado entre dos aguas respondiendo a los embates de las corrientes que impulsan el corazón de Armilla con una inmovilidad absoluta. Tan sólo un imperceptible destello en su mirada parece advertir al espectador del inminente final del ejercicio.

Esperé nervioso ese fin hasta que horas después alguien susurró a mis espaldas que su hazaña duraba ya dos años. Que el Consejo de la Ciudad había decidido conceder su permanencia indefinida en aquella entrada principal de la ciudad. Su gesto sería un símbolo que advierte al viajero de las serenas fuerzas que permiten que Armilla carezca de pasado y viva cara al futuro aunque sin ansiar el encuentro, disfrutando entre tanto del dulce equilibrio del tiempo, las aguas y los hombres.

—PEDRO DÍAZ DEL CASTILLO es FUNAMBULISTA en ARMILLA—



FULGOR ABISAL

Lo único triste de esta vida bajo el agua es que nunca llueve. Pero compensa, una vez te has acostumbrado a los labios de las oceánidas. No recordamos nada del otro lado, y debe ser porque aquella realidad no era más que una sombra perversa. ¡Cómo brillaba bajo el sol, con su viento y su relieve silbando en cada poro! Allí temíamos morir ahogados, por el polvo o el gas, por el agua de un glaciar, pero nos dejábamos perder por un beso. El amor era lo único que nos acercaba a la verdad, aunque tan brevemente que luchábamos por volver a la superficie a respirar las sombras.

Y cómo ignorábamos que el aire nos abría en la carne heridas, igual que una tormenta se lleva del acantilado siglos de podredumbre. Y el sudor, y la sed, cómo sufríamos, cómo el corazón se desbocaba y la boca se nos rompía para no perder aire, y ganábamos así batallas de supervivencia. Pero eran cruentas. La sangre, creíamos, era la vida, y no fue sino la más brillante de las sombras.Que nunca nadie supiera explicarnos de dónde veníamos ni a dónde iríamos. Que ni siquiera ese fluido mágico del beso, que nos hacía serpientes, nos abriese los ojos. No haber intuido en las lenguas, en las lágrimas, en las espaldas del sexo que éramos agua. Que nadie hubiese intuido la bondad de la luz que aquí abajo recibimos como perlas, porque la luz es bella sólo cuando titila por sorpresa.

Dicen que hay un prado de hielo inquebrantable conteniendo las aguas. Al otro lado ya no hay luz, ni silbidos, ni sombras, ni estrellas. Los vivos miraron hacia el infinito demasiado tiempo, y mientras desaparecieron los bosques y las sierras. Nadie más puede entrar ni salir de nuestra inmensa bola líquida. Los besos no nos cansan, y cuando nos rozamos se ilumina la piel con fulgor abisal.

ROMÁN PIÑA VALLS es GUITARRISTA en ARMILLA

CONCIERTO

Comienza a despejarse el día. El Maestro trae consigo la partitura que años llevaba en su cabeza, y, que, gracias a una langosta y a una marmota, logró ponerle fin a ese laberinto musical, una vez iniciado por capricho, aquí, en Armilla. Se mudó a esta ciudad atraído por la Casualidad, a quien no conoce personalmente, pero le dijeron que ella podría introducirle al mejor coro de ninfas y náyades jamás escuchado. Y eso es lo que él necesita: voces de las profundidades para sacar a flote a su Eva Futura, dormida en el océano desde hace ya muchos años. ¡Ah, si tan solo Villiers estuviera aquí, ahora y en este momento, en el que las notas saltan acaloradas en su carpeta, reescribiendo otro final para esa doncella con ojos de redes pasadas! ¡Qué final! O, mejor dicho, ¡qué renacimiento le espera a esa dulce criatura de metal convertida en una nereida por capricho de una pluma virtuosa y trágica!

Por la Casualidad, las ninfas y náyades han sido avisadas de que él llegará y dará un concierto, aquí, en Armilla. Él las buscará, y ellas ya habrán leído su obra, para dejar caer de sus labios las notas que el Maestro guardó durante años en su cabeza. Así, mientras avanza sobre las calles inexistentes -adivinando las paredes y las casas, deleitándose por las tuberías, los grifos, las tinas y las regaderas, sus instrumentos musicales-, tose un poco, porque sabe que se acerca al lugar donde deberá levantar su orquesta. Y tose otra vez, porque quiere que salgan de la tierra los músicos de barro que las ninfas deben haber confeccionado cuidadosamente la noche pasada. Espera que el sol los haya cocinado bien, pues el arte de tocar tubería es muy rudo y si no se han secado lo suficiente no podrán seguir el vértigo de su pieza musical.

Llega al final del recorrido. Y, como si desde siempre le hubiesen estado esperando, un conglomerado de tubos y cañerías, de grifos y de regaderas imponentes se distribuyen de manera ordenada en diversas secciones, de lo que sin duda debió o debería ser, un gran sauna. Asombrado, deja caer su carpeta donde su partitura descansa, y ésta, al tocar el suelo, suelta unos cangrejos que él recoge apuradamente para devolverlos a su sitio: compañeros de un fa sostenido por dos bemoles y una ostra. Suspira complacido mientras recorre el lugar, verificando, con buen oficio, que todo esté en orden. "Que nada falte y nada sobre".

Ahora, sólo espera a Casualidad y que con ella vengan las ninfas, las náyades y los hombres de barro. Así, iniciará el concierto. Y las voces se agruparan desde las tinas donde ellas, las dulces muchachas de agua, convocarán a la Eva Futura, dormida y custodiada por el mar desde hace muchos años, en su cabeza.

— CECILIA EUDAVE es músico en ARMILLA—

Las Ciudades y los Embaucadores, 1

Sr. Editor:

Debo, dada mi condición de jubilado y por lo tanto en modo natural inscrito por defecto si no entre los sabios de la ciudad sí al menos entre a los que debe prestarse respeto, hacerle llegar esta queja.

Nosotros, los eméritos, que tanto hemos luchado por el engrandecimiento, por el bienestar de Armilla, que hemos dado con gusto el sacrificio de nuestra existencia, que hemos acogido con los brazos abiertos a cuanto sin patria ha querido quedarse entre nosotros, que hemos velado en suma por la paz de esta hermosa urbe, vemos cómo la decadencia ha llegado a nuestros canales, como la podredumbre habita nuestros aljibes y la desidia campa entre nuestros gobernantes y hasta la mala ortografía ha llegado a enraizar entre las páginas de los que –como usted- debieran velar por el buen uso del armillano.

Esto no puede seguir así. Hay zonas de la ciudad y no precisamente las más pobres, llenas de bandas de jovenzuelos, pijos y ridículos, vestidos con ropajes que nuestros mismos abuelos darían por antiguallas, usando una jerga incomprensible a fuerza de remarcar eses sin cuento: gentes que gastan en un día lo que ganaría uno en un mes, que conducen motoras del más atrevido diseño, y presumen de relojes sumergibles y teléfonos móviles anticorrosión... Y que fuman cigarrillos afrutados. Y que mascan golosinas impronunciables. Y que beben licores imprudentes... Y, he aquí lo peor, que presumen de una educación ecuménica...

En fin, no quiero perderme. Estos hijos de sus padres, y a lo peor usted es uno de ellos, están destrozando nuestra grata Armilla. En mi barrio, por ejemplo, que es uno de los afectados, no hay día que la Brigada de Desinfección de Cañerías no tenga que hacer horas extras. Miles, millones de colillas, preservativos, envoltorios diversos y flemas de horrísono burbujeo, se agolpan en los recodos, tapan los diques, obturan las depuradoras. Sin ir más lejos, ayer jueves, tuve que limpiar yo mismo la pala de mi góndola, pues esta quedó enganchada al fondo del Canalillo de Damaso, que es donde vivo. Y no quiero contarle qué vuelcos me daba el estómago al intentar descifrar aquella materia.

Esto es un asco. Vivimos un tiempo depravado y cruel.. . MI vecino, Don Álvaro Encina, el gran erudito, no sale siquiera de su casa. Se ha vuelto un eremita... Antes, él y yo, solíamos navegar hasta el Acueducto Bajo y desde allí, paseando, nos llegábamos hasta el Parque de Pero Días. ¡Qué noches de perfumada conversación, al airecillo de los madroños, contándonos nuestras aventuras y amoríos, nuestros libros leídos y por leer! ¡Y cuántas veces sosegamos nuestra sed en los alegres caños de la Fontana di Nava, bajo las forondas, los robles y las cuestas! Hoy ese lugar es un estercolero, un basural que esos tristes han destrozado y abandonado en busca de otra presa apetitosa, como ese último reducto de sabiduría que es la Torre Nanga, nuestra Biblioteca General.

Los vecinos dicen que Encinar está loco, que no sé qué dolor familiar le confunde, pero yo sé bien que no es así. Y que si no se ducha...

Entiendo que es un rumor, una comidilla, y que va a dejar de tomarme en serio pero... entre nosotros, los viejos, se viene contando últimamente que al abrir los grifos, al vaciar las cisternas, al volcarse los desagües, se ha percibido un extraño sonido. Algo así como –le repito que pensará que mi edad me torna ya torpe- la voz hermosa de una mujercita joven... Y Álvaro, mi viejo Álvaro, que dice que no lava su ropa, que no se ducha, que no sale de su casa, que ya no viene a festejarme las tardes porque se pasa el día sentado en la bañera, con el teléfono de la ducha en una oreja, escuchando una bellísima y extraña canción... Incluso yo, esta mañana, cuando quise lavarme las manos...

Haga usted, Sr. Editor, algo por nosotros, por mi amigo, por mí. Por esta Armilla que fue muchas Armillas, como pocas ciudades en el mundo. Abra una campaña de concienciación pública. Libérenos de estos espejismos. Usted aún es joven, señor, y algo podrá hacer antes que se le caiga la cera de los oídos, la venda de los ojos y como Edipo tenga que arrancárselos para no ver la solución a un enigma que nunca ni supo ni quiso contestar.

Suyo affmo.

J. G. Lorenzzo,
tuba solista emérito de la Banda Municipal de Armilla.

—JESÚS GARCÍA LORENZO es MÚSICO en ARMILLA—

ELLA (ELLAS) Y MIS DESEOS

I

Al ver a la ciudad asomada al balcón de una distancia que no puedo medir, me admira su vagancia de perfiles absolutos y disfruto con su respiración abierta que siento pese a la misma lejanía. En fin, lo dijo quien lo dijo: "Parece que los fontaneros terminaron su trabajo y se fueron antes de que llegaran los albañiles". Tal vez no pretendían levantar ningún edificio en esta ciudad. Igual que nadie programa los sueños que nos toman por asalto ni los fantasmas que nos persiguen.

Quisiera que mis pasos me vayan descubriendo lo que soy. Buscar a cuenta de cualquier riesgo. Pero sólo sumo frustraciones. Ahora me siento extraño. Pesadamente ligero, como diría mi abuela, cada vez más, a medida que voy acercándome a esa ciudad donde pareciera que el agua ha sido obligada a seguir ciertos destinos encerrados y a soñar en concierto con un agujero por donde salir. Instintivamente me identificó con ella sin conocerla. Es una selva de tubos, me había adelantado un amigo al desearme suerte en mi intento; una selva de tubos y de mujeres, una ciudad rara. Aclaró que se la podía admirar desde lejos: no aceptaban turistas en ninguna época del año; consideraban al turismo una peste. Yo estaba apestado, pero por el desempleo. Estaba a punto de delirar si se prolongaba mi desesperanza; había durado demasiado.

II

Se baña y canta en las mañanas. Como todas ellas. Ellas, las ninfas. Pero Cassandrina es única: su cuerpo está hecho de lluvia. Tiene la mirada del mar en el ocaso, ella, la única... Mientras avanzaba, para ir practicando, no se me ocurría otra cosa más que inventar una mujer hecha de una lluvia fina que cuando abraza moja de sueños y deseos. Una mujer en la que quisiera perderme para encontrarme poblado de horizontes.

Aquel clasificado había marcado mi decisión; lo publicaron arrinconado, con letra de pulgas, y al leerlo sentí un ramalazo de nostalgia sin recordar los motivos. Cuando llegué al cartel en la ruta, después de que el coche había amenazado dos ve-

ces con un motor en huelga, ya la humedad del entorno había perturbado el recorte de papel que llevaba en el bolsillo. Despotriqué de la mala calidad de la tinta, mientras leía otra vez el clasificado, como si necesitara darme ánimo. Una frase aún se mantenía sin borronearse: «... urgente un rapsoda para Armilla, exlusivamente en la fecha...». Allí, junto al cartel, sin saber cómo presentarme, quién me recibiría ni qué me preguntaría, titubeé. ¿Podré convencer a mi presunto empleador? ¿O lo correcto sería hablar de empleadora?

«ARMILLA, ciudad tenue», decía el cartel en la ruta: «Acercarse a pie hasta el límite. Prohibido el turismo». En letra irregular, junto al borde inferior, leí: «Si sabe cómo, y es el rapsoda, entre. Siga siete baldes, derecho, luego un paso corto a la izquierda».

El estrambótico aviso me desestabilizó los impulsos. Alguien quiso hacerse el gracioso, pensé, aunque veía un balde vacío junto a la señalización. Un solo balde. Maldije mi suerte, ¡vaya comienzo burlesco! ¿Siete baldes de qué y cómo? Después de cavilar durante un rato, con desesperación agarré el cubo. Eché a caminar mientras lo llenaba con sueños de todas las edades y de varios fuertes encontronazos que me enseñaron lecciones de fiereza y desamor. También colé algunas vivencias inefables y muchas canciones atadas a mi biografía. Cada vez que sentía que estaba lleno, me vaciaba el cubo encima, enumeraba y miraba hacia donde se alzaba Armilla, allá en el horizonte; y seguía caminando.

Me costó un extraordinario esfuerzo llenar los dos primeros baldes; con el segundo me balanceé al filo de abandonar mi empeño. La ciudad se veía inalcanzable. Yo me movía y ella parecía estar en el mismo sitio, esperándome, cansada de esperar. Su oficio es ser una bruja, me dije. Por momentos, la notaba borrosa, como si reverberara en la neblina; pensar que la perdía tironeaba mis nervios y aceleraba mis movimientos. Seguí caminando recordando que el siete, para los egipcios, era símbolo de la vida eterna: el número del ciclo completo, la perfección dinámica. Aparece en innumerables tradiciones griegas, y siete son los emblemas de Buda como siete las vueltas de las circumambulaciones de La Meca. Registré en mi memoria que se habla de los siete sentidos esotéricos del Corán y de los siete centros sutiles del yoga; que el número frecuenta la Biblia, es la clave del Apocalipsis y emerge del sello de Salomón. Casi universalmente, representa una totalidad en movimiento: la totalidad del espacio y del tiempo, por la asociación del cuatro, que simboliza la tierra, y el tres, símbolo del cielo.

Enumeré el séptimo cubo, ansioso, y estuve a punto de llorar. Tan esquiva se veía ella. Pero recordé que tenía que dar un paso a la izquierda, lo hice y, de súbito, desarticulando las leyes de la óptica, quedó ciega la distancia: la ciudad se alzó delan-

te de mí, un primer plano impresionante. Desconcertado, entré por una vasta plaza donde las voces del agua jugaban con mis reflejos. Ignoro cómo, pero percibí su asombro en el temblor de ciertos detalles: cien grifos se abrieron al unísono sin vajilla para limpiar; cien duchas parpadearon ante la ausencia de cuerpos; cien inodoros descargaron la nada. «Cien, cien, cien». Me lo susurraba una voz que parecía provenir de cualquier parte. Y luego se hizo un espeso silencio. Un silencio que tenía la tersura de quien espera la realidad de un misterio. «Llegaste, llegaste, llegaste». Susurraba la misma voz. Después escuché la gotera. Y otra, y otra. Y otra más. En un instante las goteras se adueñaron del ambiente sonoro. Supe que yo había llegado en el momento de la rebelión y me pregunté si era coincidencia o si mi entrada catalizaba factores desconocidos; y supe que el agua no quería ser cazada por la rutina en aquella selva de tubos. La excitación del agua me sobresaltaba deliciosamente. Era una hechicera.

¿Y si averiguo si necesitan un fontanero? Estaba sopesando esa posibilidad cuando, de pronto, me tocaron el hombro; estaba junto a mí: era ella, y supe, inexplicablemente, su nombre.

«Necesitamos un rapsoda que abra nuestras fuentes más secretas; yo, en especial, me he sentido muy seca durante demasiado tiempo. Al fin llegaste». Su voz me sonaba a piel entibiada por caricias largamente amasadas por el sueño.

Ante mi perplejidad, sonrió. Le respondí con un tono desalentador, por temor a la derrota: «Es imposible, no soy verdaderamente un rapsoda, sólo un desempleado desesperado. Y tú eres imposible, no puede haber una mujer de lluvia».

Cassandrina rasgó su sonrisa al replicarme con pasión: «¿Imposible? Es un vulgar tic nervioso de la existencia. Sinónimo de mentira y de cobardía. Acaso sea la destreza que exhibe el tiempo al desgastarnos mientras nos promete un baúl de maravillas y nos esconde la llave. ¡Seamos más diestros! ¡Más audaces! Imposible, ay, nombre que merece la falta de deseos, si realmente fuese cierto que dejan de manar los deseos. Te necesitamos. Yo te presentía, y tú llegaste».

Pensé que esperaba mucho de mí. Pero me miró como nadie jamás me había mirado, y vislumbré presagios: «Nos estábamos debilitando en una melancolía que aniquilaba nuestra esencia de agua: vida, purificación, regeneración. Danos tu palabra. Canta las maravillas de esta ciudad, libérala con tus versos, libéranos. Engrandece nuestro misterio, ayúdanos a descubrirnos otros mundos y sensaciones... Eres el rapsoda y sabes cómo hacerlo. ¿Te negarías a fecundarnos?».

Aun teniendo mis sentidos devastados, hubiera percibido la oportunidad que me ofrecía. Siempre se ha dicho que el agua es la infinidad de lo posible. El peligro está dentro de lo posible. Y los riesgos. Podía considerarme un elegido, y ella me miraba

de una forma tal que caí rendido a sus pies. Sentí que yo tenía mucho para verter. Que todos los caños de la ciudad iban a sacudirse de sus rutas pautadas. De pronto, para mí sorpresa, otras ninfas se aproximaron. Eran incontables. Cuando estaban a poco del borde de mi tacto desaparecieron tras unas cortinas de agua verde que brotaron del piso protegiendo nuestra intimidad: quedamos solos, Cassandrina y yo. Había un silencio preñado de abrazos. Creí soñar cuando se tendió a mi lado y me llenó para desbordarme. En el apogeo, imaginé que todas ellas estaban allí conmigo, todas a la vez. Cualquier detalle envejecería junto a lo que fue aquel momento eternamente joven; sólo recuerdo que había mucha espuma. Mucha. Cuando desperté, amanecía. Estaba solo, sintiéndome como un hombre nuevo. Las goteras celebraban mi presencia, y en la mano izquierda tenía un papel con varios sellos y firmas; reconocí en una la mía: tengo oficialmente el oficio de rapsoda en Armilla.

III

Soy rapsoda con un contrato cuya duración está en mis manos. O en mis deseos. ¿Nada más que en esta ciudad? Titubeo un pestañazo. Siento el alma del agua a mi alcance. Que la he despertado de su melancolía. Que de algún modo mi oficio es ser su amante. ¿Cuánto tiempo en Armilla? Qué importa. Lo imposible servirá para marcar mis futuras rutas. Me he descubierto como un hombre lleno de deseos...

Se baña y canta en las mañanas. Como todas ellas. Ellas, las ninfas. Pero Cassandrina es única: su cuerpo está hecho de lluvia. Tiene la mirada del mar en el ocaso, ella, la única. Sus cabellos parecen salir del surtidor de una fuente y la espuma se esparce desde su nuca y su garganta por la espalda y por los pechos; su marcha gana en lentitud cuando desciende del vientre y de la baja espalda, allí donde se vuelve un manojo de estrellas fugaces, y yo pido un deseo. Después, la espuma se abandona hasta sus tobillos. Cassandrina almacena un universo de besos y sonrisas. Está hecha para mojar y ser amada. Tengo que hacer que las palabras no se deshojen antes de rozarla. Tengo que hacer una lengua para ella, y secretearla sobre su boca.

Entusiasmado, la espío mientras canta las palabras que le regalé: Cassandrina se viste de mañana con la mansedumbre de la noche despeinando un largo cansancio. Se baña y canta, como todas ellas, pero sólo Cassandrina me hace creer en los deseos.

—ROSA ELVIRA PELAEZ es RAPSODA en ARMILLA—

GREMIO DE DILETANTES

ASESINO
CONSPIRADOR
DILETANTE
ESCULTOR
ICONOCLASTA
MENDIGO
PERRO
PINTORA
ROCA
VAGABUNDO

Cu

Las Ciudades y los Embaucadores, 3

"Me ha tocado "Asesino" en el Reparto de Oficios.

Sé quién será mi única víctima"

Manuscrito anónimo. Siglo XXIII. Ciudad de Armilla.

—ANÓNIMO —

CONFESIONES DE UN CONSPIRADOR

¿Alguna vez has soñado con hogueras? ¿Te has despertado con ganas de gritar, con la secreta convicción de que hoy era el día, el día convenido, la insurrección soñada y al minuto siguiente apenas eras capaz de recordar qué era aquello que odiabas con tanta intensidad, con tanta furia? Es probable que sí. No eres al primero al que le sucede. Probablemente te habrás cruzado con alguno de esos armillanos que miran a todos lados y que, cuando fijas tu mirada en sus ojos, apartan la vista como si ocultaran algún secreto. Tú mismo, cuando nos hemos encontrado, parecías tener miedo. Miedo de que yo descubriera algo. Una verdad terrible. Y sin embargo en el fondo no podrías decir en qué consiste. Desconoces por completo el nombre del misterio que albergas, que alimentas cada día con sueños, con atroces pesadillas.

Las palabras se borran pero queda su huella. Tardé mucho tiempo en aprenderlo. Antes empleaba métodos rudimentarios: grababa en las tuberías palabras prohibidas, casi siempre ilegibles, arrojaba a las cañerías de la ciudad botellas con mensajes, comenzaba una conversación como por azar, una conversación trivial en la que sin embargo dejaba que mi interlocutor adivinara un secreto designio... Con tales estratagemas no es de extrañar que varias veces corriera serio peligro de ser descubierto. Afortunadamente las cosas han cambiado. Ya no cometo errores. Ahora la victoria está más cerca que nunca.

Sospecho que las ondinas han empleado alguna vez el mismo procedimiento. Intuyo además que, sin la presencia de las ninfas en nuestra ciudad, tal vez no hubiera funcionado. Nunca he creído demasiado en la magia pero es obvio que el agua de Armilla no es como la de las demás ciudades del mundo. Sin embargo, por alguna razón que ignoro, parece que ellas despreciaran el uso de esta técnica o simplemente la hubiesen olvidado. Sea como sea, nada temo. No parece que se hayan percatado del avance de mi plan.

Sé que me tomarás por loco. Pensarás tal vez que mi obsesión ha acabado forjando una fantasía que me hace sentirme dueño de un arma infalible que no existe.

Tal vez sea así. Pero, dime, ¿últimamente no has soñado con hogueras, con cañerías rotas, con venganza contra seres a quienes nunca pensaste que odiarías como ahora los odias?

Cada día trazo palabras en el agua. Mis dedos dibujan letras, nombres, frases que se borran al tiempo que se forman, sin dejar ningún rastro de sí mismas. Y sin embargo, la ciudad entera bebe mis palabras, la ciudad entera se deja acariciar por ellas, siente su húmeda adherencia a su cuerpo, a sus labios, que de pronto las profieren como una venenosa blasfemia. El agua lleva mis consignas a todos los habitantes de Armilla, se aposentan en ellos gota a gota hasta que un día rebosan, se derraman como un río de furia. Entonces se convierten en uno de los míos. Están convencidos de que se unieron a mí por propia voluntad, que las ideas que los mueven germinaron en ellos sin que nadie viniera a susurrárselas. Nadie, ni yo mismo, podría convencerles de lo contrario.

Ya sé que no me crees. No importa demasiado. Cuando destruya Armilla, cuando expulse a los seres que ahora ocupan el lugar del hombre, implantaré una especie de ley seca. El sistema de fontanería que ahora es nuestro orgullo, nuestro patrimonio común, me pertenecerá tan sólo a mí. No permitiré que nadie use contra mi nuevo reino mis propias armas. Toda conspiración debe borrar sus huellas. Por eso no tengo más remedio que matarte. Dejaré que las aguas arrastren tu cadáver como otras veces arrastran mis palabras ardientes. No creo que con ello levante demasiadas sospechas. No es nada raro encontrar un ahogado en Armilla.

—JOSÉ LUIS GÓMEZ TORÉ es CONSPIRADOR en ARMILLA—

SI ES ASÍ

Si Armilla es así por incompleta o por haber sido demolida, si hay detrás un hechizo o sólo un capricho, lo ignoro.

Ignoro también la causa del encantamiento que ejerce aquella mujer que, lejos de parecer una ninfa, recuerda a las orondas matriarcas de tiempos primigenios.

En Armilla su voz magnética y profunda se oye, en un murmullo interminable, hasta en el último confín de su laberíntica instalación. No molesta, más bien es como el espíritu acústico de Armilla. Su voz, que se distingue del canto seductor y descuidado de las nereidas, declama su lección a una invisible pléyade de discípulas.

En los primeros estadios, con la aparición de la Aurora, les habla de lo más tangible: fuentes, chorros, surtidores, manantiales, rocíos, vapores, vahos. Entretanto, ellas disfrutan practicando: abandonadas al goce de sus cuerpos, juegan, ríen.

Más adelante, cuando el Sol llega al Cenit, las jóvenes, ya saciadas del placer del tacto, de la tersura y del cosquilleo, comienzan a percibir, en lo más profundo de sus entrañas, curiosos movimientos: mariposas en el estómago, fuego en el pecho, embriaguez al contemplar los arco iris y celajes, humedad en los ojos... Una especie de locura y éxtasis se apodera de ellas. Es entonces, cuando su Madre Lunar comienza su segunda lección y en el gran paño celeste proyecta las más nítidas visiones: la tranquila superficie de un lago, la tempestuosa violencia del océano, la dureza y la inmovilidad del hielo, la serpenteante y cantarina corriente de un arroyo de montaña, escenas con las que, en un increíble mimetismo, las jóvenes comienzan a sentir serenidad, temor, frialdad, alegría y así... hasta que la incorpórea sutileza del vapor acuoso se apodera de la escena y quedan, todas, como rendidas después de aquella ordalía emocional.

En ese momento, se diría que Armilla está despoblada; pero no, sólo

está quieta, adormilada, después de la exultante estación estival.

Poco a poco, el Sol va marcando su parábola en dirección al Ocaso. En ese momento, se produce una actividad inusitada: la multitud de mujercitas se despereza; sensualmente, se arreglan sus cabelleras; se retocan sus carnes, como si con sus manos estiraran las arrugas de sus túnicas. En su espléndida desnudez se miran a los ojos, se reconocen.

Una vez más, la magnética voz llena el espacio. "Mirad, mirad alrededor vuestro antes de que el Padre se vaya a descansar; mirad el verde de la espesura, el celeste del cielo, mirad las nubes. Oled y embriagaos con el perfume a hierba mojada. Escuchad el tintineo de las gotas de lluvia en vuestros espejos y el canto de las ranas en los estanques. Vibrad y moveos junto a las olas del mar. Sentíos, por fin, en vuestra casa; dibujad las nubes, la lluvia, las flores en la tierra y disfrutad de ser tan hermosas como ellas. Coged el rocío de las flores y sanad vuestros corazones."

Las ninfas, nereidas y ondinas miran, huelen, escuchan, sienten, hacen. Se mueven, inquietas, acercándose amorosamente a las rocas, a las plantas, a la tierra.

Silencio. De repente, rompiendo el ritmo vespertino, un rumor ronco y profundo atenaza la ciudad. La penumbra se apodera de Armilla. Se oyen murmullos, lamentos, llantos, quejidos. Las invisibles mujeres se retuercen, salvajes, en la oscuridad. Un agua cenagosa, turbia, las rodea. Sus ojos se cierran. Sus cuerpos vagan en el fondo del océano primordial. Ya no se oye la voz susurrante de la maestra: han quedado libradas a su propio destino.

Entonces, se abandonan, se deslizan, fluyen. Los remolinos, los vórtices de aguas fangosas atrapan y agitan a las ninfas. Comienza el viaje en medio de la oscuridad. El vértigo se apodera de las náyades arrastradas por las aguas negras. Primero una caverna, una cueva, unos segundos de descanso, un frío intenso (sus cuerpecillos tiemblan y se estremecen encadenados a las corrientes)... hasta que por fin, con un enorme torrente de agua nueva y limpia, son expulsadas por las bocas de aquellas enormes arterias palpitantes una a una y manan, una vez más, con candor e inocencia *de fuentes multiplicadas,* abren los ojos y *encuentran nuevos espejos, nuevos juegos, nuevos modos de gozar el agua...*

Y *por la mañana se las oye cantar*

.

— ELSA BAUAB SUAID es DILETANTE en ARMILLA—

EL ESCULTOR

En la penumbra de un garaje, casi en la clandestinidad, León trastea con cartones húmedos, tablas viejas, algo de yeso... Pocos materiales puede encontrar un escultor en una ciudad semiderruida, más bien en el bastidor de lo que fue una ciudad, ahora surcada por avenidas de agua, ahogada en el borboteo de los conductos subterráneos y, según dicen, habitada sólo por las ninfas. Mientras, él duerme a horas impredecibles y debe de hacer semanas que sólo come alubias recalentadas al vapor de la cafetera. Cuando se despierta, gruñe y resuella, más como el jabalí que rompe la mata que como un bohemio iluminado.

Es una noche de verano, parece que junio. Si no recuerdo mal, León hace poco me contó que había pasado la noche del solsticio trabajando, dijo algo de los primeros rayos del amanecer y de las deidades solares, no importa, con él los temas nunca están claros o como él dice: «el que quiera entender que entienda». En las repisas del garaje ha colocado unas figuras de arcilla con incisiones ortogonales, él las llama los «barros». Si le dicen que son todas parecidas suele irritarse, pero esta noche León no tiene tiempo para simplezas, lucha con unas láminas de hierro roídas por la humedad, trata de doblarlas contra un saliente de la pared.

Algo le sobresalta, «¿son voces?». Rápido apoya la cabeza en el suelo, «¡no puede ser!». Una extraña nube de voces y carcajadas reverbera en su mente, «como las variaciones de Bach» –que últimamente aparecen en todo lo que oye–. Resopla y resopla, como tomando energía, finalmente grita:

–¡Los límites! ¡Busco los límites del agua!

Pero no hay respuesta; si acaso más risas, y largas y espaciosas zambullidas. «¡Burlas!, ¡lo que faltaba!, ¡qué miserables!», su sensación quizá sea la misma que me dijo tener muchas veces en los pasillos del metro. Al cruzarse con ciertos individuos, inmediatamente sabía quién ocultaba un cuchillo bajo las mangas del abrigo, listo para clavarse con saña. Se veía abatido y descabellado en un túnel de cemento,

expuesto a la vista de los curiosos: alguno le daría un tímido puntapié para ver si respondía, o le arrojaría una colilla, la cara aplastada sobre baldosines grises y pelotas de chicle.

León vacía el botijo de agua fresca en su cabeza. No es momento para ceremonias: desenrolla la manguera de la columna, tira la ropa al suelo y se da una ducha helada. Ante él, la «sala de los trofeos»: cuadrículas blancas y negras, siluetas de ciudades borrosas, espirales metálicas... «¿Las formas del agua? ¿La forma de lo que copia formas?». (Así empezaban siempre sus destellos filosóficos, por los clásicos: el hueco de la vasija, las puertas de la casa...) «Hacerse, deshacerse..., lo uno, lo múltiple..., ¡sí!, ¡y el resto qué!, ¡el límite!». (Siempre tenía una obsesión para detenerlo.)

–¡Si supiera dónde estáis...! –vuelve a gritar, la cara hundida en el lavabo. Desde luego no dudaría en enfrentarse al ímpetu de las aguas. Desnudo y empapado, correría tras esas impertinentes con sus pies de macho cabrío y las capturaría por los cabellos como el divino Pan bajo los pámpanos. «El agua... es la vida... está en todo... en todos los cuerpos. ¿Hay un cuerpo que valga por todos? Un cuadro... ¿no es una mancha de pintura?». Toma un trozo de arcilla: camellos, mariposas, serpientes... florecen en sus manos. Como llegan se van. Y en el aire, cada vez más nítidas, esas voces:

–Pero... ¿qué está haciendo? ¿Eso son los límites?

¡Es insoportable! Salta de la banqueta, abre de par en par los portones del garaje y camina hasta el centro de la calle encharcada. Nada nuevo: las acacias renegridas de toda la vida... Vuelve a la fachada y trepa hasta los barrotes de la ventana; allí encaramado como un simio, observa el interior: «¡Las obras!... Siluetas, barros, cuadritos, tablitas, ¡y ahora camellos y mariposas!». Con las plantas de los pies lastimadas, cabizbajo, entra y prueba a orientar los focos de otra manera: «¿No sería mejor empezar de cero? A lo mejor desde este ángulo...». Camina de un extremo a otro chapoteando en los charcos. Las crestas de agua lamen las paredes desastradas, se entrecruzan, forman luces y sombras... León cavila.

—JUAN GALLO es ESCULTOR en ARMILLA—

EL ICONOCLASTA EN LA CIUDAD DE ARMILLA

No se había construido ciudad mas hermosa en Latinoamérica que aquella que rodeaba al río Dedios. Precisamente ese brazo de agua, que desembocaba directamente en un mar del océano Atlántico, tenia todas las virtudes que la naturaleza pudo darle.

Sus aguas claras, sus peces abundantes, al alcance de cualquier ojo detenido a la vera del río.

El agua Dedios subía a las costas, de día el sol bebía de ella, de noche soplaba lluvia sobre todo el paisaje. Podría asegurarse que todos los matices del color verde que se conocen en el mundo, habían nacido en ese lugar. El aroma de la clorofila acompañaba al paso por el camino, se alzaba por los marcos de las ventanas, entraba por las puertas y se instalaba en los cuartos.

El pueblo amaba ese río, y le rendía su culto. Cada jardín de una casa, cada paseo publico tenia una fuente que directamente recibía su agua en estado virgen y la mostraba a borbotones. No existía una forma única, a veces la fuente tenia la imagen de un pez , a veces la de un jarrón inclinado hacia la tierra , infinidad de formas, tantas como vecinos, lo venerado era el agua. Las plazas y otros paseos populares mostraban, para ese mismo fin, obras esculturales mas complejas, de elevado nivel artístico, pero todas tenían la misma fuerza, el mismo valor en el momento de alabar al río Dedios y de humedecerse la frente para pedirle el milagro de los deseos mas profundos.

Cuando un puñado de guerreros, de una secta de iconoclastas, marcharon vencedores sobre el pueblo y vieron a sus habitantes arrodillarse ante estatuas de distintas características, se horrorizaron, debatieron en secreto el destino religioso de aquel lugar como primera medida de organización.

Así ordenaron que todo lugareño se encerrara en su casa, por veinticuatro horas, bajo pena de muerte y empezaron la tarea que consideraron mas efectiva, destruir a golpes cuanta fuente encontraran a su paso, sin razonar sobre el agua que de ella emanaba.

Resulto así que la cañería era una compleja red, absolutamente interconectada, de tal manera que cada tubo respondía a otro y a otro y a otro mas, y los cortes se hacían infinitos y cuando ya habían destruido casi el cincuenta por ciento, no pudieron contener el agua que emanaba libre por todos los rincones y las calles comenzaron a inundarse, y la tierra se hizo barro resbaladizo y los destructores, que a esa altura pretendieron asirse de cualquier elemento, aun de las fuentes que quedaban en pie, fueron finalmente vencidos por la fuerza de cada explosión que en forma sincronizada se iba produciendo ininterrumpidamente y así rodando por los caminos del pueblo, todos conducían al río Dedios, se perdieron en la historia, cuyos habitantes volvieron a reconstruir en un esfuerzo que nos les dejo tiempo para el recuerdo del desgraciado suceso.

—ÁNGELA ISABEL CAMERANO es ICONOCLASTA en ARMILLA—

El relato del mendigo

He sido mendigo en muchas ciudades. Un hombre solo, sin ecos ni huellas. Nómada sin patria ni arraigo. Siempre errante por las geografías amables o agrestes que recorrí. Nunca busqué cobijo en palacios, torres o iglesias. Aprendí todos los idiomas y olvidé todos los nombres. Tuve por bandera el tránsito, que es la inexorable verdad de los hombres. Por eso mi vida, mi vida fue la repetición del ciclo con que se conjuga el tiempo. Mudable en el origen, en la materia que me constituye, en el incierto destino de mi carne y de mis huesos.

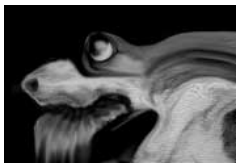
Armilla sólo debía ser un punto más en la circunferencia por la que discurría mi vida. La descubrí en una tarde de otoño ,cuando la densa niebla que la envolvía se convirtió en velo leve y transparente. La ciudad apareció ante mí con su filigrana de tuberías ingrávidas, sus acueductos imposibles y los espejos de agua donde la última luz se doraba silente, tal y como se dora en el oro barroco de los altares. Armilla, la más bella, no por lo que mis ojos vieron sino por lo que soñaron. Porque el embrujo de la ciudad de agua era su paisaje inacabado. Y yo, el más menesteroso de los hombres, sentí la dicha de completar a mi antojo la arquitectura húmeda que contemplaba.

Armilla no rechazaba mis harapos, ni mi cabello sucio, ni mi barba mal recortada; incluso mi voz aguardentosa se diluía en los racimos que emanaban de fuentes y lagos. Yo estaba destinado a husmear en las cloacas, en los canales alcohólicos donde se embriaga el olvido y donde los olvidados recolectan los deshechos que otras vidas depositan. Y nunca sabré, qué azar o qué centella, o qué repentino capricho atravesó mi mundo establecido

¡La noche se hizo orilla, andén de un último momento ¡. Ella, ninfa preciosísima, aniquilaba gozosa la cordura de mis ojos. La amé en su cabello rojo y en sus peines de plata, en la aurora de su piel y en su vestido de antigua seda. Fui naúfrago en la tempestad de los sentidos . Mis tesoros ,lógicos y meditados pensamientos, se desmo-

ronaron como castillos de arena en el abrazo del viento. ¡Cuántas horas de invierno se abrasaron en la fertilidad del vientre femenino¡. Fue amor en la tiniebla y en el prodigio de quedarme palpitando en otro cuerpo. Y marcharme después, despacio, por los infinitos claustros del agua.

—MARÍA es MENDIGO en ARMILLA —



HIDROFOBIA

Tras ella cruzó el desierto para alcanzar la ciudad a la que llaman Armilla. Juntos recorrieron pasajes y canales que entonces, tras el agotamiento de las noches, le parecieron bellos. Pero su pasión, como la noche, murió de repente y una mañana despertó al borde del agua, solo. La maldijo una y mil veces durante aquellos días de autocompasión y desesperanza en los que mendigó cariño y comida al borde de las aguas. Poco a poco, los fríos fantasmas que habitan los conductos de Armilla comenzaron a visitarle y a hendir sus gélidas manos en sus huesos poseyéndole hasta la furia. Pronto la mera visión de sus estanques y saltos de agua o el fugaz roce de las neblinas que pueblan sus atardeceres, empezó a confundirle y a hacer que su boca espumase de ira.

Ha pasado mucho tiempo desde que abandonó Armilla y desde entonces ni su alma ni su cuerpo han alcanzado la paz siendo perseguido sin descanso por los hombres. Dicen que lleva la desgracia allá por donde pasa, pero no puede evitar esos accesos de rabia que le acometen a cada paso y que le obligan a atacar a todo el que se cruza en su camino. Todo por el recuerdo de aquella perra, de su ciudad y de sus aguas.

— VOLGA es PERRO en ARMILLA—

LOS MURMULLOS DEL AGUA

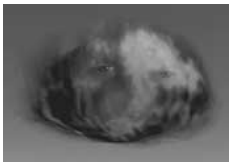
Llegué a Armilla tras el estímulo que había perdido, en busca de esa fuerza que me hiciera de nuevo creer en mí. Y lo hice bajo la sensación de no lograrlo, convencida de que mi ánimo estaba tan hundido que nada ni nadie podría recuperarlo del abismo donde había caído. Me recibió una lluvia fina, silenciosa, cosa que no me molestó pues estaba muy de acorde con mi estado de ánimo.

El hotel al final de una empinada cuesta apareció ante mí. Es un noble edificio del siglo XVIII. Entré en recepción portando mi maleta, que no pesaba demasiado. En el coche había dejado el caballete, el maletín con las pinturas, los pinceles y algunos lienzos en blanco. Todo viajó conmigo por imposición, en contra de mi voluntad. La habitación después de recorrer un largo pasillo alfombrado, me causó muy agradable impresión, tenía un amplio ventanal que daba paso a una terraza desde donde, no dudé, se podía contemplar gran parte de la quebrada orografía que me rodeaba, ahora emborronada por la lluvia y las nubes bajas.

Desperté sobre las siete y no pude seguir en la cama, me envolví con la sábana, pues sentía algo de frío, descorrí la cortina y me senté en una cómoda butaca. Allí estuve casi dos horas, sólo mirando. Primero la bruma espesa y dos o tres luces de las casas afincadas en las ladera, casi imperceptibles. Luego, el sol audaz y trepador logró encaramarse hasta lo alto de la montaña y pegarse a los cristales de mi ventana hasta envolverme de una suave calidez. Al meterme bajo la ducha el agua tibia deslizándose por mi piel, golpeando todo mi cuerpo me rehabilitó, y el sumidero se llevó gran parte de mi pereza... Fui una de las primeras en bajar a tomar el desayuno y a pesar de que la mañana estaba muy fría me senté en una de las tres mesas de ese balcón terraza, desde donde, como en la habitación, se divisa todo el valle, parte del pueblo con su campanario de la iglesia y un horizonte escalonado de monte alto y bajo y verdes laderas, donde algunas vacas pastan con asombroso equilibrio. En Recepción sobre un folleto, me explicaron cual era "La ruta del agua". El madrugar lleva siempre consigo la ventaja de llegar primero. Y eso me sucedió al entrar en aquel conjunto et-

nográfico y museo de molinos. El portero me saludó algo asombrado y después de cortarme la papeleta de entrada se apresuró a conectar algunas llaves. Con detenimiento pude contemplar cómo, desde los tiempos más remotos, los celtas, romanos africanos o chinos..., molían el grano, hasta la maravilla de encender una bombilla... Cuando salí al exterior un fuerte olor a agua me inundó. El río me saludó con su murmullo, el viejo puente de piedra, el pasillo de madera húmedo, crujiente, el agua moviendo las aspas de un gastado molino, los árboles, el verde intenso... La armonía reinaba en cada rincón, como los acordes de una gran orquesta. Me estremecí y no de frío. Sentí el derrumbamiento de un muro dentro de mí, la grieta cada vez más grande, sentí entrar por ella, sin que nada pudiera impedirlo, todo cuanto mis ojos eran capaces de mirar, de contemplar y de percibir. Mientras a mi izquierda el agua corría alegre por el cauce del río, a mi derecha un remanso de otra agua serena y clara, puntillada de verdín, daba cobijo a cientos de "zapateros" (Gerris lacustris), que correteaban a gran velocidad de un lado para otro. Me quedé un buen rarto observándolos. Estaba rodeada de castaños, hayas, avellanos, alisos, eucaliptos... Se respiraba una agradable humedad por todas partes y a cada minuto que pasaba yo me sentía mucho mejor. Al llegar hasta el molino brasileño vi como un manojo de agua a gran velocidad iba llenando una especie de cubeta colocada al extremo de algo parecido a una catapulta, pero en vez de lanzar hacia fuera lo que logra, al llenarse de agua, es que se levante un pesado mazo que al caer de nuevo muele el grano con gran eficacia. La fuerza del agua me salpicaba de vez en cuando procurándome un frescor agradable que lograba mantener en alerta todos mis sentidos. El agua me regalaba una mezcla de sonidos diferentes: Corría por el río, caía a borbotones en la cubeta y canturreaba al deslizare por una pequeña cascada limpia, transparente y serena. El horizonte del río se perdía allí mismo a tan sólo unos metros de donde el agua caía, una gran espesura de árboles y arbustos entrelazados lo convertía en atrayente y misterioso. Sólo siendo pájaro podría posarme en una rama, estar ahí sin romper el espejo del agua, pensé. Y lamenté no serlo, tuve que conformarme con fijar mis ojos durante largo rato en aquel mágico lugar, e imaginar... Cuando miré el reloj habían transcurrido más de tres horas y un gran número de visitantes. Volví al día siguiente y al otro y al otro... Acudía con mi libreta de dibujo, con mis pinceles, con el lienzo y el caballete convencida de que, los murmullos del agua me habían devuelto la esperanza.

—MANUELA MACIÁ es PINTORA en ARMILLA—



TINDUFF/ARMILLA (EL LENTO ÉXODO HACIA EL AGUA)

Cuando llegué a la ciudad me recibió una tenue cortina de agua. La lluvia mojaba mi cabello y mi rostro con agrado, como una suave caricia húmeda y fresca.

Era extraño estar allí, haber dejado el seco calor del desierto hace apenas unos días, y redescubrir que aquella era una ciudad de agua, un oasis difícil de encontrar en ninguna otra parte.

Grifos, duchas, lavabos, bidés, fuentes, charcos y un río extenso y profundo, con ese rumor del agua salvaje descendiendo, golpeando las piedras y los oídos con su rugir cristalino, espumoso.

Habitar las calles por donde casi siempre podías encontrar un hilo de agua con su viaje lento. Pararte a mirar su recorrido escaso y transparente, imaginar que todo aquello pudiera estar pasando allí, entre las dunas, sobre la cálida arena, y saber que no es posible, que nunca será posible.

Y todo era un continuo viaje a los aseos. Levantarse, abrir el grifo y mojar con saña las manos, los brazos, la cara, el cabello. Enfrascarse en una humedad constante y generosa, el bullicio del agua en el lavabo, oír su rumor extenso, sentir su fresca presencia posada sobre mi piel, mi piel tanto tiempo huérfana de agua y de mar.

Padre siempre decía que nos habían robado el mar, y el agua, y la vida. Nunca entendí todo aquello hasta que habité esta ciudad, este inmenso balneario de vapores eternos, esta villa sumergida en líquidos angostos, henchida del sabor incierto del agua, del perfume constante del agua.

Vine un verano, siendo niño, vine a girar como una peonza imparable, a llenar de ruidos y movimiento la calmada vida de otros, la sosegada pausa de una casa an-

clada en agua, rebosante del frescor constante del agua. Y saltaba, cantaba y alababa a dios por aquel regalo. Y mi risa era una risa de arenas pardas, de un sol eterno sobre la cabeza, de un sueño preñado de mar que siempre muere, que siempre se rehace en la mañana, y no había nada ni nadie que no gritara que habríamos de volver, que era necesario regresar donde nos esperaba un mar lejano, un batir de aguas contra olvidadas playas y ciudades arrebatadas.

Pero ahora es el momento de la huida, de retornar al erial de las fuentes y las cisternas, siempre inquietas, siempre ocupadas en su afán de inundarlo todo, de poblarlo todo de ciertas aguas, de eternas aguas.

Aquí, en esta urbe insostenible, capital de licores transparentes, he llegado de nuevo, simple y taciturno, dispuesto a sembrar mi nostalgia y mi rabia, empeñado en mirar de frente a un futuro de lejanos sueños, aquí por que me atrae su dependencia submarina, su engendrada memoria acuática. Por que no es mi tierra, por que no habita ya la arena en ella, por que no tengo ya esperanzas, quiero ser habitante del agua, como era preso de los desiertos, como fui niño destronado de su mar y de su casa, refugiado en la opaca densidad de la injusticia, envuelto en polvo y silencio, niño derrotado en Tinduf.

Hasta donde mi memoria regresa, recuerdo, y por que recuerdo no puedo olvidar, por que el olvido es un largo fantasma de tristeza, una serpiente de oscuros colores, de mortal veneno. Y son mis recuerdos un dolor adherido, una penosa espina sobre mi corazón, una letanía de rostros y manos conocidas, un espejo en donde habitan las palabras que nunca dije, los ecos de las voces que nunca se escucharon.

Pero tiene el agua sus misterios abiertos. Sofoca mi sed y mi desesperanza, abraza mi cuerpo y mis ojos, tiene una caricia lenta y caprichosa. Penetra por mi piel, inunda sus poros con presteza, me engendra de oasis y cielos enormemente azules, de olas y de barcos con velas, con redes, con hombres.

Me quedo aquí, retorno al húmedo aposento de la tristeza, en esta ciudad tan abundante, regada siempre por su río, siempre a su orilla, siempre como un reflejo, nunca deshabitada.

Tengo el oficio pétreo del agua, y como la roca recibo su bendición, me amoldo a ella con el tiempo, la acomodo en mi seno, dulcemente, y forma ya parte de mí, y soy sólo piedra y agua, sílice y agua, granito y agua, mármol y agua, arena y agua, desierto y agua, polvo y silencio, fuego y noche, madre y llanto, espera y nostalgia, Armilla y Tinduf. Una, la ciudad de agua, la otra la del olvido. Una mi refugio, la otra mi destierro.

Pero se que he de volver, que algún día se ha de conquistar la orilla espumosa

del mar, la barca y su red, la verdadera ciudad de Aaium, los caminos que nos esperan, las fuentes y los oasis que añoramos, y ha de ser entonces mi oficio un oficio de sueños, una labor de aguas nuevas, del perfume salino de un nuevo océano, de una nueva patria recobrada y libre.

—JOSE MANUEL VIVAS es ROCA en ARMILLA—

TÚ Y YO SOMOS DISTINTOS

Tú y yo somos distintos.

Tú oyes hablar de Armilla, el país del agua, y en tu mente se forman rápidas imágenes de caudalosos ríos, de corrientes anchas, compactas, susurrantes, que sólo unos cuantos orgullosos puentes se atreven a superar; dices Armilla, y un viejo transbordador pasa cruzando, lenta y fatigadamente, la riada oscura, que aquí y allá se riza en hilos blancos, que arrastra, hunde y recupera troncos, maderos, maleza desgajada de la orilla varios kilómetros atrás. Tú y yo somos distintos. En tu imaginación, Armilla son torrentes que, con eterno ímpetu, saltan sobre las rocas y, apenas unos metros más allá, se agolpan contra el vado con renovado furor; son vertiginosos saltos, inconcebibles cascadas; dices Armilla y crees oír en torno ese blanco derrumbe atronador que no se agota nunca. Ni tú ni yo conocemos el país, pero tú das por cierto que, allá en su capital, encontrarás amplios estanques, en cuya superficie ondulan pirámides de luz, casi supones sus extensos jardines adornados de fuentes, de surtidores que, con calculada geometría, lanzan su estela en total rectitud; acaso, y en sus plazas recoletas, te figuras que hallarás esa plaza empedrada en cuyo centro un círculo de bocas de león, expeliendo largos chorros, hacen borbotear el líquido de la pila, hasta que éste rebosa por la piedra curva. Tal vez sea Armilla, según tú la imaginas, una ciudad trazada entre canales, un laberinto de casas heroicas al pie de cuyos muros bate el agua con esa grave pesadez de la corriente presa.

Tú y yo somos distintos.

Para mí Armilla basta con ser una estrecha acequia, un somero surco por el que discurre con pereza y entre la hojarasca un turbio regato, al que con un golpe de azadón se ha dado vía hacia los huertos, conforme al turno establecido. Para mí Armilla, el país del agua, significa el breve y discontinuo borboteo de una pequeña fuente en un patio monacal, un corto tallo que nada más alzarse pierde pie y se desmorona sobre el vaso; o esa corriente débil e indefensa que se desliza entre un aluvión de cantos en delgada lámina, muchas veces remansada, pero sobre la que, pese a todo, se alzan los primeros puentes, las antiguas y pesadas construcciones de piedra que se elevan,

coronan y descienden. Para mí Armilla es el arroyo donde se humedece el pañuelo, la última charca de un territorio seco sobre la que lengüetean los animales, y en la ciudad se me figuran pozos, aljibes y depósitos sondados de continuo para medir su nivel, una larga barra de hierro descendida cada vez con más esfuerzo, entre el retumbo húmedo y desalentador de las paredes cubiertas de verdín.

Tú admiras en Armilla el fragor del agua, yo su silencio; a ti te conmociona su poder, a mí me maravilla su importancia.

Tú y yo somos distintos.

—MIGUEL BAQUERO es VAGABUNDO en ARMILLA—